

Grandes tesoros ocultos

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Grandes tesoros ocultos*
Autor: © Javier Martínez-Pinna López

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-680-7
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-681-4
ISBN edición digital: 978-84-9967-682-1
Fecha de edición: Marzo 2015

Impreso en España
Imprime: Enlace Gráfico
Depósito legal: M-638-2015

La razón es un sol severo; ilumina pero ciega.

Romain Rolland

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. Tesoros piratas	19
Los orígenes de la piratería	19
Piratas del Caribe. Los primeros tesoros ocultos	24
La isla del Roble	37
Los tesoros de la isla del Coco	50
Capítulo 2. Las grandes tumbas perdidas	59
La tumba de Alejandro Magno	59
El tesoro funerario de Alarico el Viejo	72
La tumba perdida de Atila, rey de los hunos	79
El tesoro del Gran Khan	85
Capítulo 3. El Dorado	93
El origen del mito. El tesoro de la laguna Guatavita	93
Las grandes exploraciones en busca de El Dorado	103
La arqueología y El Dorado	116

Capítulo 4. Los grandes tesoros americanos	123
El oro de Moctezuma	123
El tesoro de Atahualpa	134
Las monedas del emperador Maximiliano	149
El tesoro de la iglesia de Pisco	153
Capítulo 5. Objetos de poder	159
¿Qué son los objetos de poder?	
Radiografía de un misterio milenario	159
La búsqueda de la Mesa de Salomón	167
En busca del Arca Perdida	175
Capítulo 6. El tesoro templario	191
Auge y caída de los monjes-guerreros	191
Tras las huellas del tesoro templario	201
La enigmática Capilla Rosslyn	207
Los tesoros de Rennes-le-Château	211
Capítulo 7. Los tesoros de la Segunda Guerra Mundial	225
El oro de los nazis	225
El tesoro secreto de las SS	232
El Salón de Ámbar	235
El tesoro del general Yamashita	239
Otto Rahn en busca del Santo Grial	243
Bibliografía	249
Agradecimientos	253

Introducción

En 2013, el Instituto Inkari Cusco asombró al mundo al revelar la existencia de un gran mausoleo subterráneo situado en el yacimiento de Machu Picchu, uno de los más importantes del continente americano.

Su descubrimiento fue posible gracias al ingeniero francés David Crespy, un enamorado de la historia y la arqueología de los pueblos precolombinos, cuando, en uno de sus muchos viajes a este enclave repleto de misterios, creyó distinguir, en la parte central del complejo ceremonial, los restos de una muralla en donde se apreciaba la existencia de una pequeña apertura que hasta ese momento había pasado desapercibida.

No lo dudó ni un solo instante. Inmediatamente se puso en contacto con un arqueólogo llamado Thierry Jamin, también francés, conocido por su obsesión por la búsqueda de una ciudad perdida, la de Paititi, que muchos han relacionado con el mítico El Dorado. En un correo electrónico, le planteó la posibilidad de que un enorme tesoro estuviera esperando ser descubierto, y por eso Jamin viajó hasta el Perú, para ponerse al frente del Instituto Inkari y así realizar una resonancia electromagnética cuyos resultados fueron sorprendentes.

En primer lugar, se pudo determinar la existencia de una gran cámara funeraria en donde podría encontrarse oro y plata en abundancia. También se observó una estructura subterránea, con una decena de cavidades, cuya utilidad pudo ser funeraria, algunas de ellas tan pequeñas que parecían destinadas a niños. Finalmente, se pudo intuir, detrás de esta puerta de acceso, la presencia de una escalera, posiblemente forrada de oro, orientada hacia el recinto principal.

Según Jamin, las características de esta enorme sepultura, los materiales empleados, así como el largo período de tiempo utilizado para su construcción, nos sugieren la presencia de un personaje importante en el interior de la cámara. Evidentemente, no podía tratarse de un simple sacerdote, más bien parecía la morada de una *panaca real*, que por su majestuosidad bien pudo pertenecer a Pachacuti, el auténtico forjador del Imperio inca.

Desde entonces, las autoridades peruanas guardaron un cauto silencio para intentar que la noticia pasase lo más inadvertidamente posible y así tener el tiempo suficiente para desarrollar una investigación seria y rigurosa, sin la intromisión de molestos aventureros y cazatesoros que, sin duda, no tardarían en presentarse en el lugar para tratar de resolver el enigma.

Muy lejos de allí, casi en la otra parte del mundo, un equipo de arqueólogos continuaba excavando en el que se ha venido considerando el sepulcro más grande de la Europa suroriental. La tumba de Amfípolis se sitúa sobre un enorme túmulo de quinientos metros de perímetro y tiene una datación que nos lleva a los momentos finales del siglo IV a. C. Su majestuosidad es tal que la directora de las excavaciones, Katerina Peristeri, llegó a afirmar que no existía otra como esta en toda la región situada entre Grecia y los Balcanes. Según pudieron comprobar, al frente de su construcción estuvo uno de los asesores de Alejandro Magno, un arquitecto y urbanista griego llamado Dinócrates, que logró realizar una tumba diez veces superior a la del padre del conquistador macedonio, Filipo II, hallada en 1977 en Vergina.

La polémica no tardó en aparecer. Mientras los arqueólogos continuaban con sus investigaciones, comenzaron a aparecer hipótesis sobre la identidad del individuo que ocuparía este sepulcro. En un principio se pensó en el almirante Nearco, pero el tamaño y esplendor de la tumba hizo pensar que esta tuvo que estar destinada a alguien más importante, tal vez a Roxana y Alejandro IV, mujer e hijo del conquistador,

aunque los últimos descubrimientos llevaron a algunos a proponer al mismo Alejandro como el propietario de esta tumba, cuya cámara funeraria no ha sido todavía descubierta.

En los últimos meses, las excavaciones han permitido descubrir un pavimento formado por una serie de trozos de mármol blanco sobre una superficie rojiza, situado en una antecámara a la que se llegó después de retirar unos grandes bloques de piedra que sellaban su entrada. Una vez dentro, lograron encontrar un orificio en la parte posterior de la habitación que parecía indicar que, al menos este espacio, había sido profanado por los ladrones de tumbas.

Los trabajos de excavación siguieron su curso, hasta que en 2014 un nuevo descubrimiento provocó una gran sorpresa entre todos aquellos que, después de tantos siglos, siguen buscando el cuerpo momificado del macedonio. Tras retirar la tierra que cubría la tercera cámara del recinto, encontraron un dintel de mármol blanco de poco más de un metro de anchura en la puerta del muro que, casi con toda probabilidad, conduciría a la cuarta cámara. Esta nueva entrada era más estrecha que las otras puertas y, además, estaba situada en la parte izquierda del muro y a un nivel inferior de las anteriores, por lo que era factible que el recorrido de la estructura funeraria pudiera empezar a descender hasta llegar a la cámara en donde, a día de hoy, podrían encontrarse los restos de uno de los personajes más trascendentales de toda nuestra historia, acompañado, eso sí, por un enorme ajuar funerario digno de su importancia.

Estos y otros misterios volvieron a poner de moda una actividad que siempre ha estado presente desde nuestra más remota antigüedad: la búsqueda de un tesoro oculto. A mí, en cambio, me transportó hacia esos lejanos días en los que, junto con mis entrañables amigos Miguel Ángel Toledo y Ramón Baña, esperábamos ansiosos el sonido de aquella estridente campana que anunciaba el final de nuestras clases. Pero ese molesto timbre no sólo nos advertía de que había llegado la hora de abandonar nuestro colegio. Para nosotros era la señal de aviso para poder sumergirnos en nuevas aventuras, mientras recorríamos el árido y pedregoso descampado que rodeaba el Colegio Sagrados Corazones de Alicante. Allí, soñábamos con lugares exóticos y con misterios ocultos, y hacíamos caso omiso de los prudentes consejos que nos recomendaban centrarnos más en nuestros estudios. Tal vez tenían razón, pero, a pesar de todo, recuerdo esos momentos con mis inolvidables

compañeros como unos de los más felices de mi vida, aquellos en los que la imaginación nos hacía trascender del mundo y de unas responsabilidades que por aquel entonces aún no podíamos comprender.

Es curioso, pero ahora, visto desde una perspectiva distinta, no puedo dejar de pensar en que fue en esos mismos instantes cuando más cerca estuve de comprender la auténtica naturaleza y la esencia de un ser humano, que desde el principio se ha sentido atraído por conocer la realidad de todo lo que le rodea. Porque la comprensión de esa indescriptible dinámica que mueve nuestras vidas, también la historia, depende no sólo de un mero ejercicio de racionalismo basado en unos datos objetivos. Las sensaciones, el instinto y la imaginación son fundamentales para no perder ese fascinante afán de saber que está detrás de todo avance significativo en el inabarcable campo del conocimiento humano.

Con estas premisas me dispuse a escribir este nuevo ensayo, porque la auténtica búsqueda de un tesoro ya no debe interpretarse como un mero acto de racionalidad orientado a la consecución de una importante fortuna, sino como un impulso pasional por comprender alguno de los episodios más desconocidos de nuestro pasado. Por eso, la búsqueda de estos tesoros ha cautivado la imaginación de todo tipo de investigadores, no sólo por su valor material, sino especialmente por sus significados histórico, religioso y mágico, acompañados por el deseo inherente del investigador de llegar más lejos mediante la realización de un largo y enigmático viaje iniciático.

Todo ello unido al irrefrenable afán por hacerse con un mineral, el oro, utilizado desde tiempos inmemoriales para la elaboración de elementos ornamentales y, algo más tarde, para acuñar la más valiosa de las monedas, debido a su belleza, su textura, su escasez, pero también por ser uno de los metales más maleables que se conocen. No debe extrañarnos, por tanto, el interés de los poderosos por enterrarse con sus más queridos enseres realizados con el amarillo metal, ni que el oro haya sido un elemento de culto, adoración y poder utilizado, por otra parte, como soporte básico para algunos de los utensilios litúrgicos más importantes en todas las religiones. De esta forma, y según nos cuenta la Biblia en el libro del Éxodo, los principales objetos de poder del pueblo israelita, como el Arca de la Alianza, realizados después de la huida de Egipto, se recubrieron con este material. Algo a lo que no fueron ajenos los pueblos precolombinos, que sintieron devoción por un mineral que para ellos tenía un origen divino.

Esta fue mi intención cuando escribí este libro: tratar de estudiar de forma objetiva la posible existencia y la ubicación de algunos de los tesoros más codiciados de todos los tiempos, pero dejar, al mismo tiempo, libertad al lector para que sueñe con unos hechos históricos envueltos en el misterio y que, sin duda, no le van a dejar indiferente.

Javier Martínez-Pinna

Capítulo 1

Tesoros pirata

LOS ORÍGENES DE LA PIRATERÍA

A bordo de una pequeña nave que había logrado adquirir unos años atrás, Klaus von Winsfeld, conocido por todos con el nombre de Stoertebecker, surcaba las brumosas y gélidas aguas del mar del Norte acompañado por una banda de bellacos que habían destacado en las guerras que enfrentaron a suecos y daneses. Esta vez nada podía fallar.

Frente a ellos, un barco mercante, con sus bodegas repletas de telas de primerísima calidad, navegaba desprevenido cerca de la pequeña isla de Heligoland. El capitán, seguro de sí mismo, dio la orden de ataque y hacia él se dirigió cuando, sin saber muy bien cómo, se vio rodeado por los buques de una nueva flota, dirigida por el odiado Simón de Utrech, que los caballeros de la Orden Teutónica habían armado para terminar con este temido y sanguinario pirata.

En los últimos tiempos, Stoertebecker había logrado sembrar el terror entre todos los marineros que recorrían los puertos de las ciudades que formaban la prestigiosa Liga Hanseática, pero esta vez la suerte le iba a ser adversa.

Él y sus hombres fueron conducidos hasta la ciudad de Hamburgo, donde fueron juzgados y condenados a muerte. Cuenta la leyenda que Stoertebecker, cuando se encontró ante el verdugo, lanzó un reto al alcalde de la ciudad. Le pidió que liberase a uno de sus hombres por cada paso que diese después de ser decapitado. Con una sonrisa dibujada en su rostro, no pudo más que aceptar el desafío de este hombre, cuyo apodo hacía referencia, ni más ni menos, que al hecho de ser capaz de poder beber de un solo trago una jarra de cuatro litros de cerveza.

Para horror de la multitud, que se había congregado en la plaza para presenciar el suplicio, Klaus von Winsfeld, tras haberle sido separada la cabeza del tronco, logró ponerse en pie y entre gritos de asombro e incredulidad, pudo caminar once pasos, hasta que el alcalde, encolerizado y sin dar crédito a lo que veían sus ojos, le puso cobardemente la zancadilla y le arrojó al suelo.

Cuentan las tradiciones que, cuando su barco estaba siendo desmantelado, los obreros se dieron cuenta de que los núcleos de los mástiles estaban hechos de oro, plata y cobre. Al parecer, estos materiales fueron utilizados para la construcción de la iglesia de Santa Catalina en Hamburgo, ciudad que desde entonces rinde culto a un personaje envuelto en la leyenda y que pasó a la historia como uno de los más temidos lobos de mar de todos los tiempos.

Stoertebecker, ajusticiado en 1401, es el primer pirata cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. El origen de la piratería es, en cambio, muy anterior.

No se sabe muy bien cómo empezó todo; aunque podemos asegurar que el instinto de apoderarse de lo ajeno es tan antiguo como el ser humano, y este dio lugar a una nueva variante desde el mismo momento en que los pueblos de la Antigüedad activaron las primeras rutas marítimas para acrecentar sus riquezas. No nos cuesta esfuerzo imaginar la tentación que tuvieron los pueblos vecinos de los fenicios cuando, en los alrededores del año 1000 a. C., veían pasar frente a sus costas unas poderosas naves cargadas de mercancías que ponían rumbo al lejano occidente.

Fueron los pueblos egeos, especialmente los cretenses, los primeros que desarrollaron este nuevo tipo de delito que, sin temor a equivocarnos, podemos calificar de *piratería*. Sus barcos, tripulados por arqueros y honderos, y tal vez animados por el hambre y la carestía, comenzaron

*Stoertebeker
derrotado en
Heligoland.*

Archivo
Histórico de
Hamburgo
(1401).

Stoertebeker
fue uno de los
primeros piratas
cuyo nombre
ha llegado hasta
nosotros. Su
vida y su muerte
estuvieron
sumidas en la
leyenda, por
eso se hizo
merecedor
de una fama
impercedera.



a acechar a los comerciantes y marineros fenicios que vieron, indefensos, como sus naves eran abordadas y asaltadas. Unos cuantos siglos más tarde, el rey del Ponto, Mitrídates VI, también llamado Eupator Dionysius, hizo de la piratería una cuestión de estado, y no dudó en utilizarla como un nuevo instrumento en su política expansiva por el Mediterráneo Oriental. Sus naves pusieron en jaque las embarcaciones escitas y romanas, y obligaron a estos últimos a invertir una enorme cantidad de recursos para erradicar un mal que amenazaba la seguridad de las principales rutas marítimas.



Retrato de Aruch Barbarroja. Con Aruch Barbarroja observamos la aparición de una nueva figura, la del corsario, que a diferencia del pirata actúa amparado por un contrato que ha firmado con la nación para la que navega y que le obliga a actuar, únicamente, contra los intereses de los estados rivales. El ámbito de actuación de Barbarroja fue el área mediterránea y sus principales presas, los barcos cristianos, que sufrieron la persecución de este terrible pirata que actuó movido por su fanatismo religioso.

Ya en tiempos medievales, los vikingos, un nuevo pueblo de navegantes y guerreros nórdicos, se hicieron con el poder de los mares escandinavos. Sus barcos, con dos velas y fondo plano, resultaron idóneos para la realización de incursiones a lo largo de las costas europeas, que observaban apesadumbradas como sus ciudades, aldeas y monasterios eran arrasados ferozmente por unos monstruos en busca de botín.

Casi al mismo tiempo, en el mar Mediterráneo, los musulmanes llevaron a cabo un nuevo tipo de piratería en la que la religión se convirtió en un valor añadido. Los sarracenos comenzaron a atacar naves cristianas, dando un toque de guerra santa a unas acciones que no eran más que nuevos actos de pillaje y exterminio. En este contexto apareció una nueva figura, el corsario, que, a diferencia del pirata, actuaba amparado en virtud de un contrato estipulado con la nación para la que navegaba.

Algunos de sus nombres han llegado hasta nosotros. Uno de ellos, Aruch Barbarroja, se convirtió en el azote de la cristiandad al acosar desde una temprana edad todas las naves cristianas que se cruzaban en su camino. Los intereses de los Estados Pontificios y de los recientemente unificados reinos de Castilla y Aragón se vieron seriamente perjudicados, por lo que la monarquía hispánica de los Reyes Católicos inició una política expansiva en el norte de África para frenar las acometidas del espantoso corsario turco. En 1518, los españoles consiguieron finalmente arrinconar a Barbarroja, que, al verse superado en la ciudad de Tremecén, optó por retirarse, no sin antes ocultar un importante tesoro para, así, aligerar su huida. A pesar de luchar ferozmente, Aruch fue herido por la pica de un infante español, momento que aprovechó el adelantado García de Tineo para cortarle la cabeza de un solo tajo.

Pero la pesadilla aún no había llegado a su fin. Su hermano, Jeredín, continuó la lucha dispuesto a estremecer, sólo con su presencia, a aquellos con los que se encontraba. De su crueldad fue testigo el capitán Martín de Vargas, valeroso defensor del peñón de Argel, que fue apaleado y descuartizado por Jeredín cuando, tras una valerosa lucha, no tuvo más remedio que rendir la plaza. Pero la época dorada de los corsarios musulmanes en el Mediterráneo tenía los días contados. La fortaleza de los ejércitos hispánicos y el poder de su Armada hicieron que el centro de gravedad de la piratería se desplazase hacia un nuevo escenario: el mar Caribe, lugar en donde se desarrollará la edad dorada

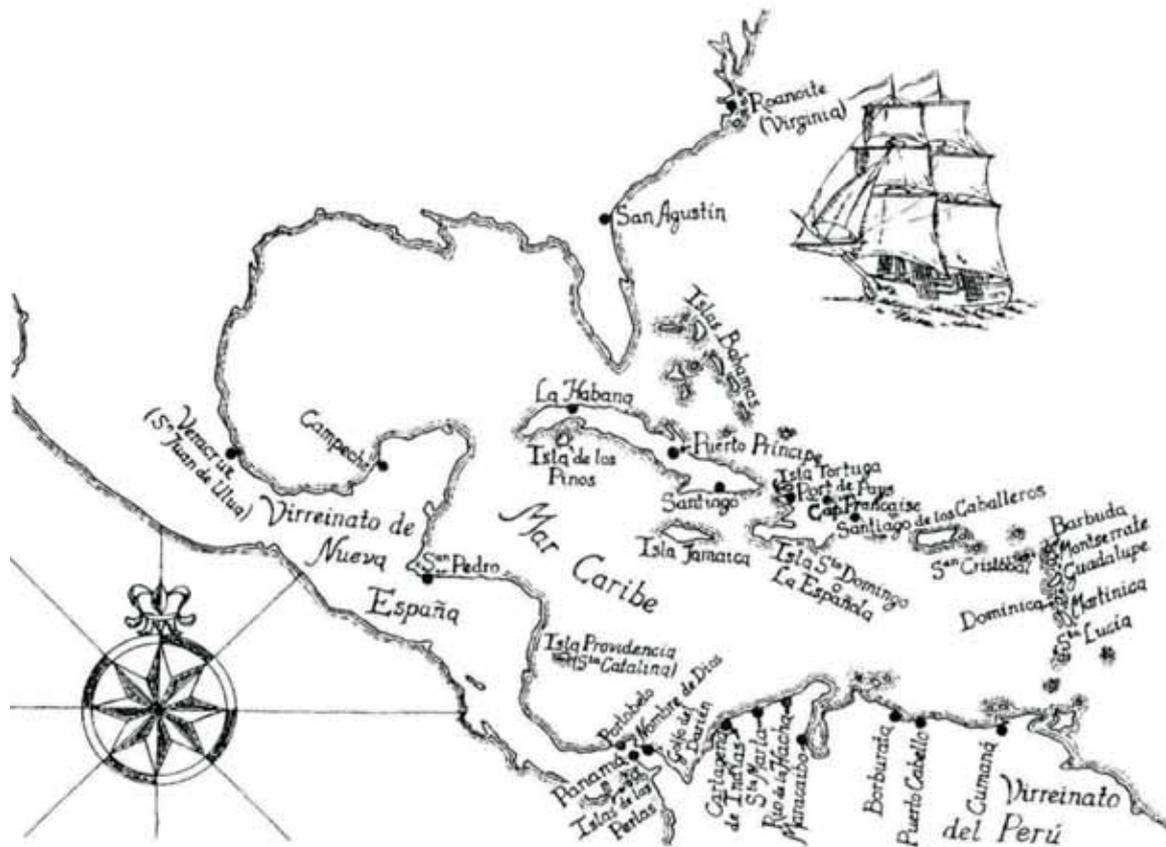
de esta infame actividad que, sin saber cómo, ha sido considerada, durante mucho tiempo, un acto de rebeldía e insumisión protagonizado por unos seres románticos, y ávidos de aventuras, en su lucha contra unos estados opresores a los que se debía combatir. La realidad fue bien distinta.

PIRATAS DEL CARIBE. LOS PRIMEROS TESOROS OCULTOS

Las luchas que protagonizaron las principales potencias europeas por el control del mar y de sus rutas comerciales se trasladaron al que por entonces empezó a conocerse como el *mar Español*. Entre los puertos caribeños y los de la península ibérica, se organizó un lucrativo comercio transatlántico que se caracterizó por la llegada de ingentes cantidades de oro y plata, que convirtieron a la monarquía española en la más poderosa del orbe. El atractivo del Nuevo Mundo atrajo, de esta forma, a todo tipo de navegantes y exploradores que poco a poco fueron agrandando las dimensiones del Imperio español en el territorio americano. También provocó la fascinación de muchos individuos que llegaron al Caribe con la idea de enriquecerse ilícitamente asaltando los navíos repletos de riquezas que surcaban el océano en dirección a Europa.

Poco a poco, una vez aseguradas sus posiciones en las islas, los españoles empezaron a centrar su atención en la colonización de las tierras continentales. Pero la falta de presión demográfica hizo que muchas de las pequeñas islas antillanas quedasen abandonadas, lo que despertó la avaricia de otras naciones europeas que observaban con envidia los beneficios que la empresa americana estaba deparando a la monarquía hispánica. Otras islas, aún más pequeñas, entre ellas la de Tortuga o la de Providencia, se terminaron convirtiendo en auténticas bases de operaciones para unos hombres que empezaron a hostigar las costas y unos barcos españoles que, durante siglos, tuvieron que luchar denodadamente por mantener las rutas comerciales abiertas en un espacio geográfico tan asombrosamente grande como el que se abría ante sus ojos.

En este contexto, la creencia en la existencia de fabulosos tesoros comenzó a fraguarse desde bien pronto. Las primeras acciones documentadas contra los intereses españoles en aguas atlánticas tuvieron un acento francés. En 1523, un tal Jean Fleury –o Juan Florín, como



Principales ciudades del Caribe en los siglos XVI y XVII.

Mapa del Caribe. El mar Caribe fue el escenario donde los más insidiosos y sanguinarios piratas pusieron en jaque los intereses de los pueblos y barcos españoles, que durante siglos tuvieron que luchar por mantener la paz en sus posesiones americanas y evitar la rapacidad de unos personajes que, en muchas ocasiones, actuaban amparados por los enemigos de la monarquía hispánica.

quisieron llamarle los castellanos— navegaba cerca de las islas Azores cuando, de repente, se encontró con tres carabelas españolas que se acercaban a su destino tras una larga travesía. Fleury logró capturar dos de los barcos después de intimidarlos con su poderosa artillería. Cuando penetró en su interior para reclamar el botín, el pirata observó maravillado el espectáculo que se abría ante sus ojos. Nada más y nada menos que tres cajas llenas de lingotes de oro, sacos llenos de polvo dorado, además de perlas, esmeraldas y topacios, que Hernán Cortés enviaba a su emperador Carlos I tras la conquista de la capital azteca y la muerte de su rey Moctezuma.

A Fleury le siguieron otros muchos que trataron de emular los logros del navegante francés, cuya vida llegó a su fin después de que seis galeones vascos interceptasen la armada del corsario galo y le diesen caza. En sus últimas horas reconoció haber amasado una enorme fortuna, un inmenso botín del que no pudo disfrutar, ya que terminó siendo ahorcado por haber atacado más de ciento cincuenta embarcaciones españolas. Su cuerpo quedó expuesto durante largo tiempo, como una advertencia para todos aquellos que tuviesen en mente atacar los barcos del emperador.

El escarmiento que se le dio al corsario francés no tuvo el efecto deseado. A este le siguieron otros muchos como su compatriota François Le Clerc o John Hawkins, aunque ninguno alcanzó la fama que en su día adquirió Francis Drake, con el que se inicia una nueva etapa en la que una serie de infames corsarios y filibusteros, pagados por la siniestra reina inglesa Isabel I, trataron de debilitar el incontestable poder que los españoles estaban adquiriendo en el hemisferio occidental. Personajes como Drake, Walter Raleigh o el desalmado Henry Morgan regaron con la sangre de hombres, mujeres y niños los campos y villas de la América hispana; todos ellos al servicio de una reina que, en más de una ocasión, se abrió de piernas maravillada por los servicios que le brindaban algunos de tan infames monstruos.

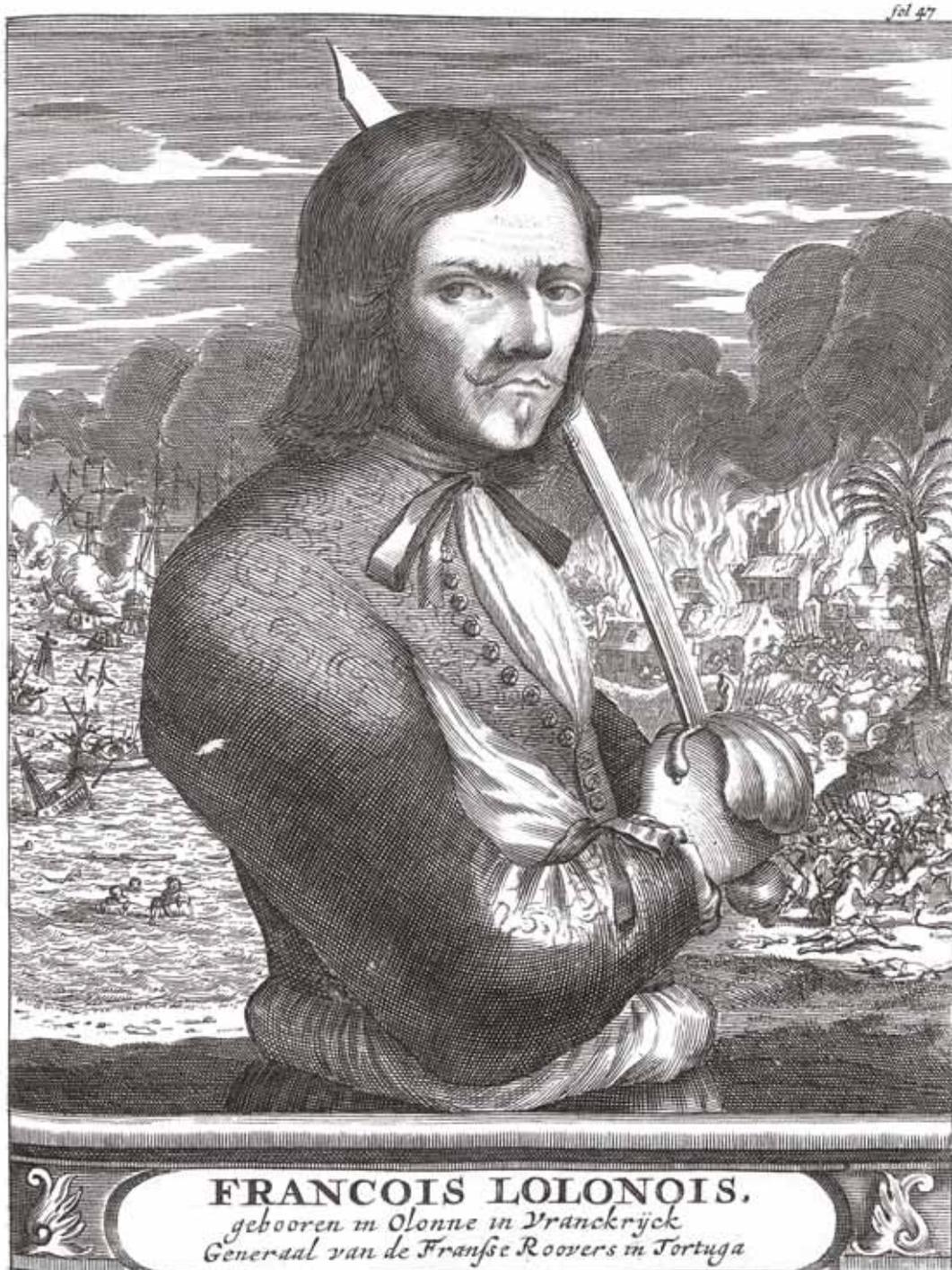
A *sir* Francis Drake, convertido en caballero y con una fama que triunfó sobre el paso del tiempo en el Reino de Inglaterra, no le temblaba el pulso a la hora de ahorcar a cualquier individuo sospechoso de esconder un botín. Tras el saqueo y la destrucción de la ciudad de Santo Domingo, él mismo eligió a unos frailes a los que atormentó y colgó por no revelar el escondite de unas pocas monedas pertenecientes a su orden. Más tarde, después de hacerse con un botín de ciento diez mil ducados, redujo a cenizas la bella ciudad de Cartagena de Indias, y todo ello en un momento en el que las dos naciones, España e Inglaterra, se encontraban en paz.

El sadismo de los corsarios y filibusteros alcanzó cotas más altas gracias a Jean David Nau, más conocido como el Olonés, que abandonó su carrera militar en la Armada francesa para dedicarse a la piratería; en este caso, bajo el patrocinio del gobernador de La Tortuga, La Place, que le arrendó una nave para luchar contra los españoles. Una de las primeras acciones que protagonizó, y que sirvió como preludeo de una macabra carrera, fue el asalto a una fragata española tripulada por

noventa hombres, a los que personalmente decapitó, uno a uno, sin sentir el más mínimo remordimiento. Más tarde le tocó el turno a la ciudad de Maracaibo, donde el pirata consiguió un importante botín compuesto por bandejas, candelabros y cubiertos de oro y plata. A los defensores de la ciudad los hizo rebanar con su alfanje; y, tras la conquista de la población, el resto de los hombres fueron encerrados en la iglesia hasta que murieron de hambre, mientras que las mujeres, niñas incluidas, terminaron sufriendo la lujuria de unos asaltantes que, primero, las violaron y, después, las hicieron cautivas para venderlas como esclavas y abastecer los repulsivos burdeles repletos de marinos y corsarios ingleses.

Puerto Cabello fue el siguiente enclave que tuvo que soportar las asechanzas del despreciable francés. Después de capturar un barco y, cómo no, masacrar a todos sus tripulantes, decidió dirigirse tierra adentro, hacia San Pedro, en busca de un botín con el que poder saciar la sed de riquezas de sus esbirros. La senda que debieron de seguir era casi impenetrable. La exuberante vegetación que los rodeaba hacía prácticamente imposible encontrar el camino que los llevase a su destino, pero la suerte les sonrió cuando, a mitad del trayecto, encontraron a un pequeño grupo de españoles que tuvieron la desgracia de toparse, cara a cara, con el bucanero galo. Según cuentas las tradiciones, el Olonés agarró a uno de los pobres españoles y con su espada le abrió el pecho, para extraerle el corazón y morderlo, mientras advertía al resto que les haría lo mismo si no le mostraban el camino hasta San Pedro.

Cuando alcanzó la población, sus habitantes ya habían puesto pies en polvorosa, no sin antes haber escondido sus pertenencias en los lugares más insospechados. Tras quince días sin poder encontrar su esperado tesoro, los asaltantes decidieron abandonar la villa dejando tras de sí un rastro de destrucción, tortura y muerte. Pero, por fortuna, el final del malvado corsario estaba cerca. En su última expedición en busca del oro de Nicaragua, el Olonés fue abandonado por sus hombres en lo más recóndito de la selva. Allí sobrevivió algunos días alimentándose de sabandijas, mientras aullaba desesperado suplicando una ayuda que nunca llegó. Un día, creyó que sus ruegos habían sido oídos y que un grupo de indios había acudido para rescatarle. Estaba equivocado. Con lo que se encontró fue con una de las tribus más salvajes de la zona del Darien, que nada más verlo lo descuartizaron y echaron sus restos al fuego para utilizarlos en su próximo banquete. Su cabeza



Retrato de El Olonés. Este fue uno de los piratas más macabros de entre todos los que se conocieron en tierras caribeñas. Su final no pudo ser más apropiado, ya que murió descuartizado después de ser capturado por una de las tribus más violentas del Darién.

quedó reducida al tamaño de una naranja siguiendo el antiguo ritual de los indios jíbaros.

En torno a la vida de este inmisericorde y desalmado pirata, tenemos las primeras evidencias de lo que posteriormente muchos escritores, aventureros y bohemios consideraron tesoros piratas. No cuesta trabajo suponer que muchos de los individuos de la pequeña localidad de San Pedro de Puerto Cabellos –hoy conocida como San Pedro de Sula, y fundada en 1536 por Pedro de Alvarado– tuvieron que esconder sus más preciadas riquezas antes de que cayesen en manos de los hombres del Olonés. Ante la inminencia de su llegada, y para aligerar la carga, se deshicieron de sus pequeños tesoros y los dejaron ocultos en algunos de los lugares más recónditos que pudieron encontrar. Es lógico pensar que, por causas del destino, muchos de estos individuos no pudieron regresar para recuperar lo que fue suyo, por lo que sus pertenencias quedaron ocultas y olvidadas por el paso del tiempo. Algunos de estos tesoros se encontraron; otros, no. Pero lo más llamativo es que en torno a esta región se generó una tradición popular que podría ser un fiel reflejo de lo que en su día pudo acontecer. No nos cabe duda de que los alrededores de esta ciudad están plagados de escondites que acogen innumerables riquezas. Muy cerca, en la isla de Utila, hay una pequeña colina llamada Pumpkin Hill, perforada por múltiples cuevas, entre las que destacan la de Brandon Hill, en donde se dice que hay escondido un imponente tesoro pirata.

No dejó de sorprenderme lo arraigado que estaban estas creencias entre las humildes gentes hondureñas. Más hacia el interior, a mitad de camino entre la ciudad de San Pedro de Sula y la capital, Tegucigalpa, hay un poblado llamado Taulabé. Uno de los atractivos más conocidos del lugar es un conjunto de veinticuatro cuevas en el que sobresale una, con una profundidad que se estima en once kilómetros, y que estuvo habitada desde tiempos prehispánicos. Según los estudiosos, la cueva, cuyo interior es húmedo y pegajoso, debió de tener una función habitacional, además de representar una puerta o entrada al inframundo, lugar en donde moraban los muertos, monstruos y dioses subterráneos. Los lugareños cuentan que en 1972 un pirata aéreo, llamado William Hanneman, asaltó un banco en Estados Unidos y se hizo con una fortuna valorada en doscientos cincuenta mil dólares. Ejecutando un plan que tenía proyectado de antemano, su siguiente paso fue secuestrar una avioneta con la que voló hasta La Ceiba, y allí le entregó el dinero a un

amigo suyo para que lo escondiese en la cueva de Taulabé. No tuvo en cuenta lo que narraban las antiguas tradiciones piratas: los tesoros no se repartían, una vez en poder de un pirata, la única obsesión era terminar con sus compinches; y eso es lo que hizo su *amigo* cuando tuvo el dinero en sus manos. No pudo evitar la tentación de delatar a Hanneman, estimulado, además, por la alta recompensa que ofrecían por su cabeza, y, así, cuando tuvo el camino libre escondió su preciado trofeo. Pero el dinero nunca apareció, y son muchos los que anualmente llegan a este lugar con la esperanza de encontrar un botín inigualable.

Algunos aseguran que «Quien tiene un amigo tiene un tesoro», un antiguo refrán que no tuvo que hacerle mucha gracia al pobre Hanneman mientras se consumía en una insalubre y atestada cárcel sin su tesoro, y sin amigos.

Otro de los piratas que dejaron tras de sí un reguero de sangre y destrucción fue el inglés Henry Morgan, cuya sola mención hizo temblar las bases del poderío hispánico en tierras caribeñas. Con el beneplácito del Gobierno inglés, volvieron a planificarse nuevas operaciones con la intención de debilitar a la monarquía española para, de esta manera, ampliar las posesiones británicas en las Antillas.

Uno de los primeros objetivos fue La Habana, aunque los informes que recibió Morgan sobre sus defensas le hicieron reconsiderar la situación y elegir una presa más fácil y desguarnecida. Se decidió, entonces, por atacar Puerto del Príncipe, que se rindió después de que sus hombres recibiesen un sádico tormento y de que sus mujeres fuesen capturadas para nutrir, nuevamente, los prostíbulos ingleses de Port Royal. La jugada había sido maestra para los intereses de Inglaterra. El botín de cincuenta mil pesos en monedas y alhajas animó al corsario a proyectar un nuevo golpe. Y esta vez le tocó el turno a la ciudad de Portobelo, donde un fuerte se mostró dispuesto a resistir hasta sus últimas consecuencias. La crueldad del inglés se mostró de nuevo cuando Morgan ideó un plan para conquistar la plaza española. Hizo montar a toda prisa unas altas escaleras que apoyó sobre los muros de la fortaleza, y sobre ellas obligó a subir a monjes y religiosas; hay quien dice que también a niños y niñas, para que sirviesen de escudo de los disparos de los defensores. Los españoles no pudieron participar y superar los efectos de esta innoble maniobra, por lo que la ciudad de Portobelo cayó al poco tiempo. Al cruel exterminio de su población le siguió la captura de un nuevo botín, lo que aumentó la fama del filibustero en la *city* londinense.



Retrato de Henry Morgan. En 1674, el rey Carlos II de Inglaterra lo nombró caballero. Entre sus méritos más destacables estaban el asesinato, la violación, la tortura y el sadismo, por eso le ofreció el cargo de teniente gobernador de Jamaica, lugar donde pasó los últimos años de su vida persiguiendo a sus antiguos compañeros y amigos piratas.

Posteriormente dirigió sus pasos hacia la ciudad de Maracaibo, pero sus habitantes, felizmente prevenidos, se dieron a la fuga. Desgraciadamente, unos pocos quedaron rezagados en su huida, especialmente los impedidos y los ancianos, que fueron capturados por Morgan y sometidos a tormento para que revelasen la situación de unos tesoros que habían quedado ocultos. Para arrancar la confesión aplicó torniquetes apretados bestialmente sobre el cráneo hasta hacer saltar los ojos de los infelices desgraciados, cuya última visión fue la del maldito

pirata inglés. Pocos días más tarde, en la vecina localidad de Gibraltar, hizo colgar a los hombres por los testículos hasta que sus cuerpos se desprendían por traumática castración, para posteriormente rematarlos a lanzazos. Pero, en esta ciudad venezolana, Morgan no consiguió su objetivo, ya que de nuevo sus principales tesoros fueron escondidos lejos de la vista de los piratas. Además, la aparición de tres barcos españoles provocó la huida de Morgan, que navegó a toda vela hasta la colonia inglesa de Port Royal. En los planes del inglés no entraba la posibilidad de luchar contra un contingente armado.

Su última incursión, en la ciudad de Panamá, se saldó con un nuevo fracaso, ya que la resistencia de la guarnición española dio el tiempo necesario para que buena parte de su población y riquezas pudiesen ser evacuadas. Otros muchos decidieron escapar hacia la sabana y llevar consigo todo de cuanto valor poseían. Pero la ciudad de Panamá fue arrasada por el fuego; esta acción sirvió como epílogo de una historia marcada por la crueldad y el sadismo de una política, la inglesa, que tenía como objetivo debilitar la moral y la fortaleza de las posesiones españolas en el Caribe.

La auténtica leyenda sobre la existencia de un espectacular tesoro pirata se forjó unos años más tarde, durante la vida de otro corsario británico: el capitán Kidd. Es poco lo que sabemos sobre su juventud. Al parecer, nació en 1645 en Greenock, Escocia, y desde bien pronto orientó su vida hacia el mar. Las primeras noticias nos lo presentan mandando un barco corsario en el Caribe, aunque poco después decidió ingresar en la Royal Navy y capitanear un pequeño bergantín de veinte cañones con el que se batió valerosamente contra cinco barcos franceses, lo que le valió el mando de un buque de mayor calado, el *Antigua*.

Pasaron los años, y en 1691 llegó a la ciudad de Nueva York para sentar cabeza. Allí se casó con una viuda rica y cultivó la amistad de importantes políticos y grandes comerciantes; pero, en 1695, hastiado de una vida que tuvo que considerar insulsa, partió hacia Inglaterra para buscar patrocinadores e iniciar una nueva aventura en el mar. Allí consiguió el apoyo de un empresario llamado Livingston y de un famoso dirigente político del Partido Whig, lord Bellmont, con quien formó una sociedad después de adquirir un importante buque para trasladarlo al Índico y, así, luchar contra los piratas que perjudicaban los intereses de los comerciantes neoyorquinos. Por otra parte, como Inglaterra

y Francia se encontraban en guerra, no les fue difícil conseguir una patente de corso para apresar los navíos franceses que se cruzasen en su camino.

El ánimo cundió entre los londinenses, que se abrazaron incondicionalmente al sueño de Kidd, mientras arengaba este a todos los hombres de mar con su famoso grito pirata «No hay botín, no hay paga». El barco elegido fue el *Adventure Galley*, de treinta y cuatro cañones, con el que partió en 1696 con destino a Madagascar. Pero los problemas no tardaron en aparecer, ya que el estado de la tripulación se empezó a deteriorar por culpa del escorbuto y la fiebre. Además, el tan ansiado botín no parecía llegar nunca. Kidd enfiló proa hacia el mar Rojo, con la vista puesta en la flota de peregrinos que viajaban hasta La Meca, pero su fracaso encendió los ánimos de unos hombres que ya se estaban planteando la posibilidad de amotinarse. Para atajar la situación, Kidd decidió asaltar el primer barco que se le puso a tiro. En este caso fue una pequeña nave que lucía una bandera británica, por lo que su acción le convirtió en pirata. Algo que más tarde le costó muy caro.

En 1698, logró atrapar, por fin, una valiosa presa, el *Quedah Merchant*, un barco mercante de cuatrocientas toneladas que transportaba sedas, cacao, opio y hierro. Llenos de gozo, sus hombres empezaron a planear el modo en el que podrían invertir su parte del botín cuando las mercancías de su presa se subastasen en el cercano puerto de Caliquilon. Pero la desesperación cundió de nuevo entre todos ellos cuando Kidd vendió un cargamento valorado en cuatrocientas mil rupias, por sólo siete mil. Cuando en abril de 1698 el capitán regresó a Madagascar nada pudo hacer para evitar que la mayor parte de sus hombres se enrolasen en el *Resolution*, del prestigioso pirata Culliford, famoso por sus exitosos asaltos en aguas del océano Índico.

Ante la imposibilidad de reparar el *Adventure Galley*, trasladó su puesto de mando al *Quedah Merchant*, al que a partir de entonces llamó *Adventure Prize*. Fue entonces cuando las cosas empezaron a torcerse definitivamente, ya que poco tiempo después llegó a su conocimiento que el Gobierno británico le había declarado pirata, por lo que comprendió que era un hombre sentenciado y perseguido. Es en estos momentos cuando nace la leyenda que más tarde inspirará a Stevenson en su célebre *La isla del Tesoro*.

Ante lo delicado de su situación, decidió abandonar el Índico e iniciar una larga huida hasta la isla caribeña de St. Thomas, en donde

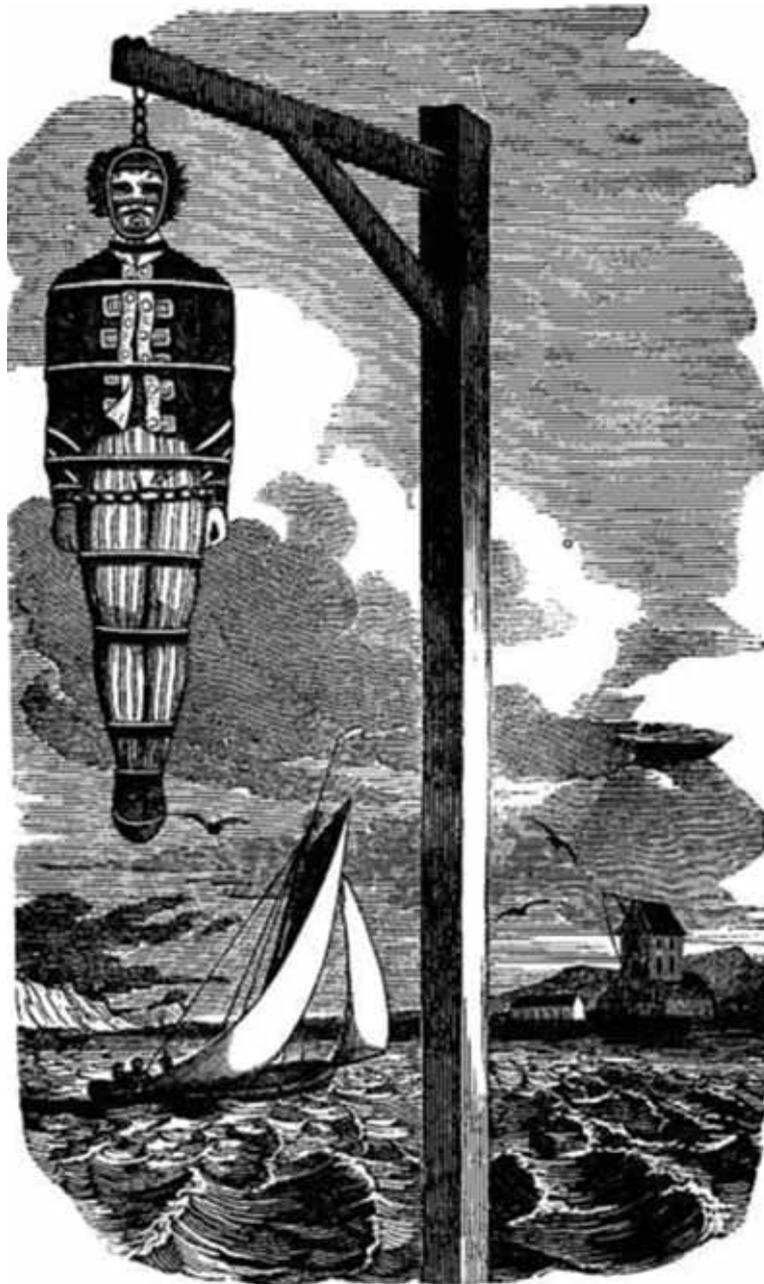
pidió ayuda al gobernador Laurents, y cobijo para él y sus hombres. Pero este, temiendo un bloqueo de la Royal Navy, se los negó. La carta que transmitió el gobernador a Londres es clave para entender cuál pudo ser la naturaleza del tesoro que, unos días después, el capitán Kidd tuvo que ocultar para que no cayese en manos de sus perseguidores. «Noticias procedentes de Curaçao reportan que el famoso pirata, capitán Kidd, en posesión de una nave de 30 cañones y con 250 hombres de dotación, ha ofrecido al gobernador de St. Thomas 45.000 piezas de ocho en oro y un gran presente consistente en valiosas mercaderías si le brinda refugio en su puerto durante un mes. El gobernador ha rehusado».

Ante la imposibilidad de amarrar en el puerto, puso rumbo a la Hispaniola, en donde se deshizo de su barco para adquirir una pequeña nave, el *San Antonio*, en la que reunió al resto de su menguada tripulación. La huida se hizo dramática, más aún cuando fue consciente de que el almirante Benbow había ordenado a todos los gobernadores de la región que capturasen al pirata. No sólo eso, la HMS *Queenborough* había sido desplazada a Puerto Rico para interceptarlo.

Es en estos momentos cuando el corsario toma una decisión fundamental para entender esta historia. Desde este lugar pone rumbo a las colonias norteamericanas, pero en algún lugar indeterminado de su trayecto decide enterrar su famoso tesoro. Las razones por las que lo hizo no las conocemos. Tal vez trató de guardarse una carta bajo la manga para poder negociar con ella un posible rescate. Quizá lo único que pretendía era asegurarse una feliz jubilación una vez superados los trámites jurídicos que debía afrontar como consecuencia de los actos vandálicos que había protagonizado contra los barcos de su majestad.

No podía estar más equivocado. En 1699, el capitán Kidd llegó a Boston con la intención de entrevistarse con su antiguo socio, lord Belmont, para convencerle de su inocencia. Sin atender a razones, el político inglés lo hizo apresar y, cargado de cadenas, lo mandó detenido hacia Inglaterra. A su llegada a Londres, fue encerrado en el interior de una insalubre y diminuta celda en la prisión de Newgate, en donde compartió espacio con los delincuentes de los bajos fondos londinenses, cuya única esperanza era terminar sus días colgados de una horca en Tyburn.

Allí pasó dos años, hasta que en 1701 fue juzgado, junto con nueve de sus hombres, ante el Tribunal de lo Criminal, acusado de saqueo



Kidd colgado y encadenado. Las historias sobre la existencia de tesoros piratas alcanzaron una gran celebridad gracias al capitán Kidd, cuya vida terminó trágicamente después de ser acusado de atentar contra los intereses de la monarquía inglesa.

ilegal y homicidio. De nada le sirvieron sus intentos de probar su inocencia, ya que finalmente fue condenado a ser ahorcado por piratería. La pena se aplicó el día 23 de mayo de 1701 en el Execution Dock, a orillas del Támesis, y su cuerpo, ya sin vida, encadenado de pies y cabeza, quedó durante dos días expuesto, balanceándose a merced del viento, para escarmiento y advertencia de todos, por haber atentado contra los intereses de la poderosa oligarquía británica.

El enigma del capitán Kidd no acabó con su vida. Los rumores se empezaron a propagar por tabernas, puertos y villas marítimas de ambos hemisferios. Habladurías que hacían referencia a un tesoro oculto, valorado en más de un millón de libras esterlinas, y que empujaron a un variopinto grupo de aventureros, bohemios y cazatesoros a seguir los pasos que había recorrido el antiguo corsario y así comprender el itinerario que había seguido para enterrar su tesoro. A pesar de que excavaron afanosamente en una y otra isla, nadie pudo encontrar ni una sola pista del misterioso botín, lo que dio alas a la imaginación de una sociedad ávida de riquezas que comenzó a leer con fruición las nuevas novelas sobre piratas, entre las que destacó la famosa *Isla del Tesoro*, que alimentó con falsas esperanzas tan vanas ilusiones.

En cuanto a la localización del tesoro, muchos opinan que el lugar más probable habría que situarlo entre Long Island y la costa de Connecticut. Pero si no conocemos el lugar en el que se ocultó, menos aún sabemos sobre su contenido. Una idea nos la pueden dar las palabras que el acusado pronunció en el juicio después de que algunos de sus hombres presentaran como prueba de las actividades delictivas de su capitán diversos cofres, repletos de oro y joyas, que habían sido enterrados como parte de un tesoro mayor en algún lugar desconocido de la neoyorquina isla de Gardiners. Ante dicha demostración, y sabiendo que todo estaba perdido para él, Kidd aseguró que eso no era su tesoro, que el suyo era mucho más valioso, y que permanecería escondido por los siglos de los siglos.

En 2007, unos arqueólogos de la Universidad de Indiana encontraron los restos hundidos de un navío a veinte metros de la costa de la isla de Santa Catalina, en la República Dominicana. El equipo aseguró, a pesar de que las pruebas no eran definitivas, que se trataba del *Quedah Merchant*, en cuyo interior no quedaba nada de lo que llevaba el barco justo antes de llegar a La Española: telas, sedas, oro y plata. Por esta y más razones muchos consideran que el tesoro tuvo que ser evacuado y escondido en esta isla caribeña, a la espera del momento oportuno para darse a conocer.

Otros buscaron mucho más lejos. Según se dice, el capitán Kidd también atacó una isla japonesa en el archipiélago de las Tokara, al sur de Kagoshima. Muy cerca de allí, en la isla de Takarajima, una leyenda cuenta que los hombres de Kidd asesinaron a todos sus habitantes, para después esconder un fabuloso tesoro en una desconocida cueva.

En estas mismas latitudes, y más concretamente en la isla vietnamita de Phú Quóc, las tradiciones también aseguran que existe un botín enterrado perteneciente a Kidd. Hasta este lugar se dirigieron dos temerarios escritores en 1987 para tratar de descubrir la parte de verdad que se escondía tras esos rumores. Pero su aventura no llegó muy lejos. Fueron inmediatamente detenidos por la policía vietnamita por atravesar ilegalmente la frontera.

En 2000, un buque capitaneado por el investigador Barry Clifford encontró en aguas de la isla de Santa María, cercana a Madagascar, los restos de lo que en su día fueron el *Adventure Galley*. Tras muchas inmersiones, sólo fue capaz de recuperar unas cuantas botellas de ron y restos de porcelana china de la dinastía Ming. Muchos sintieron la esperanza de encontrar una nueva pista que les pusiese en el camino para encontrar el tesoro que durante su vida amasó el carismático pirata. Pero el misterio sigue sin desvelarse.

LA ISLA DEL ROBLE

El tesoro del capitán Kidd se ha tratado de encontrar en otros muchos lugares. Uno de ellos fue la isla de Juan Fernández, que quedó inmortalizada por Daniel Defoe en su famosa obra *Robinson Crusoe*, basada en la odisea de un pirata real, Selkrik, que, abandonado a su suerte, logró sobrevivir en soledad hasta que cinco años después fue rescatado por una fragata inglesa.

Otros apuntaron mucho más hacia el norte, más concretamente a la isla de la Pasión, o de Clipperton, cerca de la costa oeste mexicana. No podría faltar en este extenso listado dos islas que han sido durante décadas lugar de peregrinación de numerosos aventureros y buscatesoros: las islas del Roble y del Coco.

A pesar de su prestigio, el capitán Kidd no fue, ni de lejos, el pirata que logró amasar el mayor tesoro. Nos atreveríamos a decir que, por el contrario, ocupó una desventajada posición en este curioso *ranking*. Sus capturas nunca se podrían comparar con las de Edward England, autor, en 1720, del atraco al *Cassandra*, un navío de la East India en aguas del Índico, y que sorprendió a todos sus captores cuando encontraron en su interior una carga de diamantes valorados entre los tres y cuatro millones de dólares. Otro botín notable fue el del pirata Avery,



Lucha entre Barbanegra y Maynard, según Jean Leon Gerome Ferris. La vida de Edward Teach se desarrolló durante la época más gloriosa de la piratería. Su larga y bien poblada barba, decorada coquetamente con lacitos de colores, causó pánico entre todos aquellos que tuvieron la poca fortuna de cruzarse en su camino.

que en el saqueo del *Gangsway* obtuvo un premio que rondaba las trescientas mil libras esterlinas. Pero el premio gordo se lo llevaría el capitán filibustero Sam Belamy, cuyo barco, el *Whydau*, se fue a pique cerca de la costa este norteamericana, con un impresionante tesoro estimado en cuatrocientos millones de dólares. En 1982, un viejo conocido, Barry Clifford, logró encontrar en Cape Cod, en el estado de Massachusetts, los restos de su barco, lo que dio lugar a una serie de inmersiones que lograron extraer una impresionante cantidad de monedas, lingotes de oro, joyas y piedras preciosas.

Por esas mismas fechas, actuó el máximo representante de la edad de oro de la piratería americana: el temido Edward Teach, más conocido por todos como Barbanegra. Llamado así por su larga y bien

poblada barba, pronto adquirió fama por su carácter feroz y sanguinario. A partir de 1713, se dedicó por completo a la piratería, convirtiéndose a Nassau en su principal base de operaciones. Desde allí, él y sus esbirros sembraron de pánico las costas de Nueva Inglaterra. A bordo del *Queen Ann's Revenge* logró hacer importantes capturas en el litoral de Virginia, pero su radio de acción se fue ampliando progresivamente hacia el sur, hasta llegar a las costas de Honduras, en donde contactó con un curioso personaje, Stede Bonnet, un rico y acomodado comerciante de las Barbados que decidió unirse al pirata para huir del carácter avinagrado, rencoroso y vengativo de su esposa, una opción que terminó costándole la vida. A pesar de todo, sus compinches aseguraron que Bonnet no se arrepintió, ni en un solo instante, de su arriesgada decisión.

Las asechanzas de Barbanegra fueron recordadas durante siglos por muchos hombres de mar. Su muerte en 1718 marcó el ocaso de la piratería en las costas americanas, pero la leyenda de este espantoso filibustero se fue acrecentando más y más con el paso del tiempo. Hubo más piratas, pero ninguno tan prestigioso como este personaje que, para cuidar su imagen, mimaba con coquetería su famosa barba, rizándola y adornándola con lacitos de colores.

Pasó el tiempo y, cuando ya parecía que estas viejas historias de corsarios, piratas y bucaneros pertenecían a una época antigua, perdidas entre las brumas de la historia, aparecieron dos nuevas tradiciones que situaban en las islas del Roble y del Coco el emplazamiento de algunos de los tesoros más espectaculares de todos los tiempos.

El primero de ellos debió de ubicarse en la pequeña isla del Roble, un bello y solitario paraje situado en la costa meridional de Nueva Escocia, en la costa atlántica canadiense. Si por algo destaca este diminuto territorio, de cinco kilómetros cuadrados y situado a escasos once metros sobre el nivel del mar, es por las innumerables leyendas que, desde hace mucho tiempo, hablan sobre posibles tesoros enterrados por no se sabe muy bien quién.

Aunque no tenemos constatación histórica ni periodística del origen de esta leyenda, todos los relatos que narran la historia de este desconocido tesoro comienzan su andadura en un lejano día de verano de 1795, cuando un chico de dieciséis años llamado Daniel McGinnis llegó a la isla para dar un paseo y disfrutar de sus hermosos paisajes. Su sorpresa tuvo que ser mayúscula cuando, de repente, se vio frente a una

depresión circular de tierra removida al lado de un enorme roble, cuyas ramas presentaban una serie de rozaduras de las cuales una de ellas habría sido utilizada por alguien para ajustar una polea y excavar un enorme foso en el suelo. Asombrosamente, observó que los restos podridos del aparejo de un barco colgaban del mismo roble. Allí había algo raro, y por eso decidió investigar.

Unos días más tarde, en compañía de dos amigos, John Smith y Anthony Vaughan, empezó a excavar en el túnel. No pasó mucho tiempo hasta que los tres se llevaron la primera sorpresa. Al principio, lo único que pudieron extraer fue tierra blanda y removida que cubría un pozo, hecho a conciencia, de duras paredes arcillosas. Pero a los sesenta centímetros de profundidad encontraron una capa de piedras lisas, cortadas y unidas entre sí que formaban una especie de puzle, que para colmo eran de un tipo que no podía encontrarse en la isla.

La excavación no había hecho más que empezar. Al día siguiente volvieron a aquel insólito lugar, justo cuando los primeros rayos de sol empezaban a teñir de ocre un horizonte que ya dejaba ver las primeras luces del día. Con ánimo renovado volvieron a coger sus picos y palas y siguieron cavando, insensibles al calor, al agotamiento y a la soledad. Después de varias horas, el pico de uno de los muchachos impactó en un material sólido. En ese momento, todos dejaron de excavar, y uno a uno se miraron mientras se preguntaban si habrían logrado su objetivo, si era realmente posible que hubiesen encontrado un tesoro. No podían estar más equivocados.

Lo que realmente hallaron a estos tres metros de profundidad fue una especie de plataforma formada por troncos de roble dispuestos horizontalmente. Uno a uno, fueron retirándolos, pero debajo de ellos no había nada más que tierra, mucha más tierra; por lo que decidieron seguir profundizando con la sensación de que se estaban aproximando a algo que tenía que ser muy valioso. El esfuerzo de los tres jóvenes tuvo que ser titánico, todo un logro para tres chicos que apenas contaban con los medios necesarios para trabajar en esas condiciones. Fue entonces cuando se encontraron con un nuevo estrato de troncos de roble situado a nueve metros de la superficie. Esta vez nada pudieron hacer para retirar todos esos árboles que se interponían entre ellos y su tesoro. Por eso decidieron desistir, pero sólo temporalmente. Ninguno de ellos pudo olvidar aquel enigmático lugar; y, por eso, años después, volvieron a intentarlo. Esta vez con más ayuda.

Fue ocho años después, en 1803, cuando la Oslow Company inició un largo viaje desde el corazón de Nueva Escocia para tratar de descubrir el secreto que esta pequeña península escondía. Esta vez, según se dice, los descubrimientos fueron asombrosos, lo que causó que la leyenda de la isla del Roble empezase a extenderse y a cautivar la imaginación de cientos de aventureros. Guiados por McGinnis, Smith y Vaughan, cuyas supuestas memorias son fundamentales para comprender esta expedición, comenzaron a excavar con la convicción de que esta vez nada podría detenerlos. La utilización de unos medios más avanzados les permitió superar la segunda barrera de troncos y continuar profundizando en el llamado Pozo del Dinero. Lo primero que les llamó la atención fue la existencia de nuevas y repetidas barreras formadas por troncos de roble que se repetían con una extraña frecuencia, justo cada tres metros. Más aún, investigando los materiales que pesadamente tenían que retirar hasta la superficie, los investigadores realizaron un descubrimiento que, en opinión de muchos, podría explicar el origen del supuesto tesoro que a día de hoy seguiría escondido en la isla: a los doce, quince y dieciocho metros, encontraron fibra de coco, algo que, como supondrá el lector, no puede crecer en estas latitudes tan septentrionales. Hoy se sabe que el lugar más próximo donde crece el coco es en las Bermudas, a más de dos mil kilómetros de Nueva Escocia, por lo que probablemente los constructores de este pozo provinieran de algún lugar indeterminado del mar Caribe.

Pasaron los días, y el trabajo se fue haciendo más pesado y lúgubre. Y así un día, envueltos en la oscuridad, unos trabajadores encontraron, a veintisiete metros, una losa de pórfido, un material prácticamente desconocido en toda Norteamérica, con una inscripción escrita en un alfabeto desconocido. Hoy no existen fotos ni dibujos de dicha piedra, ya que desapareció en 1912, aunque fueron muchas las interpretaciones que se le dieron a esta extraña inscripción. Son pocas las dudas que tenemos en relación con este enigma. Al parecer, estos símbolos podrían traducirse como: «Doce metros más abajo, dos millones de libras esterlinas están enterradas», y esto en un momento en el que los fondos de la expedición se estaban agotando, lo que nos induce a pensar que se trataba de una ingenua falsificación destinada a animar a los patrocinadores de dicha empresa.

Con lo que no pudieron contar los miembros de la Oslow Company fue con lo que se encontraron un par de metros más abajo. A treinta



Investigando en la isla del Roble. Según cuentan las leyendas, fueron muchas las expediciones que se realizaron en la isla del Roble para tratar de encontrar su tesoro. Todo empezó en 1795, cuando tres jóvenes encontraron un extraño orificio excavado artificialmente, donde al parecer unos lejanos piratas habían escondido un enorme botín que ellos quisieron encontrar.

metros de profundidad, sin saber muy bien cómo, llegaron a un túnel subterráneo procedente de la playa de Smith's Cove, dispuesto a modo de trampa, que al horadarlo provocó la inundación del pozo con agua marina hasta una altura de diez metros. La situación se volvió dramática para el equipo, al que nada le valió su desesperado esfuerzo por bombear el agua, por lo que, temerosos de verse atrapados, decidieron evacuar el pozo y dar por finalizada su expedición.

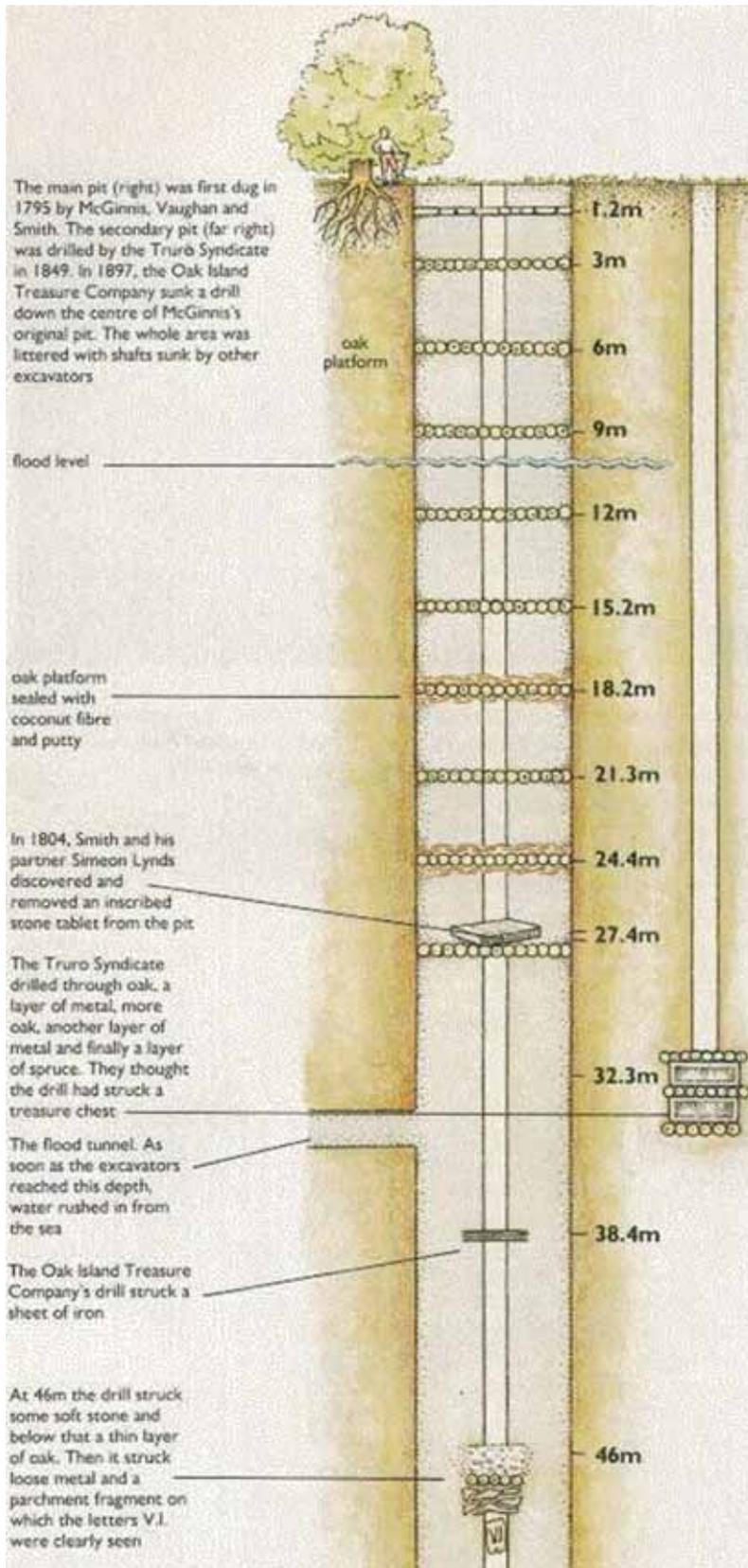
La búsqueda del tesoro quedó abandonada durante un largo período de tiempo. Pocos se veían con las fuerzas suficientes para poder superar todos los obstáculos que los obstinados constructores del pozo

habían ideado para mantener escondido su secreto. Pasaron muchos años hasta que, al fin, en 1849 se proyectó una nueva expedición que logró aumentar la profundidad de una excavación que parecía no tener fin. Es a partir de este momento cuando empezamos a tener referencias directas a la búsqueda del tesoro del Roble. Y esto ha llevado a muchos a negar toda información anterior, al considerarla una mera invención.

Uno de los descubrimientos más importantes que se produjo a partir de ese momento fue cuando una excavadora logró sacar a la superficie los eslabones de una cadena de oro y un fragmento de un extraño pergamino, cuya interpretación hizo brotar todo tipo de hipótesis sobre su autor y significado. Y, como ya empezaba a ser habitual, no se llegó a ninguna conclusión lógica. Una de las ideas más extendidas y absurdas es que fue dejado allí por Francis Bacon, quien, según muchos, fue el verdadero autor de las obras de Shakespeare.

A esta campaña le siguieron otras muchas. Y todas fracasaron. La de 1897 volvió a encontrar restos de un pergamino que contenía algunas letras prácticamente ilegibles, pero no sirvieron para arrojar algo de luz sobre una historia tan repleta de tinieblas. Ya en el siglo xx, la fama de este pequeño enclave canadiense estaba empezando a saltar fronteras para llegar a un público más amplio y ávido de aventuras. Tanto es así que, en 1928, un diario neoyorquino publicó un relato relacionado con la isla del Roble que cautivó al empresario Gilbert Hedden, quien poco a poco empezó a recopilar información sobre todas las campañas que se habían realizado en el Pozo del Dinero desde aquel lejano año de 1795. Posteriormente realizó seis viajes para investigar el yacimiento con sus propios ojos. Sospechando cuál pudo ser el origen de este intrincado rompecabezas, decidió marchar hasta Inglaterra para hablar con Tom Wilkins, autor de *El capitán Kidd y su isla Esqueleto*, ya que estaba seguro de que la isla descrita por el autor era la isla del Roble.

En 1965, un tal Robert Dunfield logró llegar hasta los cuarenta y un metros empleando una grúa pesada, cuyo transporte obligó a la construcción de un camino en el extremo oeste de la isla. Dos años más tarde, unos amigos, Daniel Blakenship y David Tobias, compraron la isla y crearon la Triton Alliance con la intención de llevar a cabo la excavación más ambiciosa de las que se habían hecho hasta el momento. En 1971 lograron profundizar hasta los setenta y dos metros con la ayuda de un pozo de cimentación de acero, y llegaron a un lecho rocoso. Posteriormente, Blakenship y Tobias introdujeron una cámara



El Pozo del Dinero. La excavación de este interminable pozo se prolongó durante varias generaciones. Muchas fueron las sorpresas que los excavadores fueron sacando a la superficie, aunque algunas de ellas no pueden ser consideradas más que simples falsificaciones.

submarina que les permitió, ni más ni menos, captar una imagen en la que se podían observar dos cofres en medio de un enmarañado laberinto de túneles subterráneos. Afinando un poco más el objetivo, creyeron adivinar un cadáver e incluso algo que podría ser una mano cortada. El problema fue que el visionado del video no fue claro, debido a la suciedad del agua y a la gran cantidad de sedimentos que se amontonaban al final del pozo, por lo que no fueron capaces de probar nada y, una vez más, todo quedó en meras conjeturas.

A pesar de todo, este fue el último gran descubrimiento que se produjo en la isla del Roble. Durante los años noventa, los enfrentamientos entre los fundadores de la Triton Alliance fueron constantes, lo que impidió la continuidad de las exploraciones. David Tobias decidió desprenderse de su parte en la compañía, y a partir de entonces diversos grupos empresariales empezaron a pujar por hacerse con el control de la isla. En 2005, una parte de esta fue vendida a la Oak Island Tourism Society, pero en 2006 un grupo de accionistas de Michigan se hizo con el cincuenta por ciento de la compañía, e inició contactos con Blankenship con la intención de seguir trabajando para recuperar el misterioso tesoro de la isla del Roble.

Como no pudo ser de otra manera, no tardaron en aparecer opiniones críticas que trataron de dar una explicación racional a los distintos enigmas con los que se relacionaba esta historia. Según algunos autores, la propia configuración del terreno, formado por rocas calcáreas, favorecía la aparición de cuevas naturales, y las potentes lluvias registradas en tierras de Nueva Escocia habrían provocado el arrastramiento de los troncos y ramas de los robles que se hallaban en el interior de los pozos. El problema es que, si leemos los relatos de los distintos equipos que trabajaron en el lugar, la posición de estas capas tendría una distribución que difícilmente podría explicarse por motivos naturales. En lo que se refiere a la presencia de fibras de coco, estos mismos autores aluden a la existencia de una serie de cocos viajeros que habrían protagonizado desplazamientos de miles de kilómetros para introducirse por unas pequeñas grutas subterráneas y que fueron los que, posteriormente, encontraron los conocidos cazatesoros en tres niveles distintos del pozo; algo, en principio, difícil de creer.

Se puede considerar la losa de pórfido, y sus extraños caracteres, un burdo intento de los excavadores por conseguir alargar la financiación de la expedición, ya que da a entender, una vez traducida la

inscripción, que el tesoro estaría a punto de ser descubierto. También parecen aproximarse a la realidad cuando aseguran que todas las referencias al Pozo del Dinero anteriores a mediados del siglo XIX no tienen apoyatura documental, por lo que podrían ser, simplemente, fruto de la imaginación.

Pasó el tiempo, y una nueva leyenda nació para envolver con una nueva capa de misterio el famoso botín que tanto se resistía a ser desvelado. Comenzó a difundirse el rumor de que este sólo sería descubierto después de que siete personas falleciesen en su búsqueda. En 1849, un capataz llamado James Pitblado robó algo que salió enganchado a la perforadora que estaban utilizando para profundizar en el pozo. Nadie sabe a ciencia cierta qué fue lo que encontró, aunque dicen que un testigo que se encontraba en el lugar le pidió que devolviese el objeto o que, al menos, lo mostrara, debido a la importancia que tendría para resolver el misterio de la isla del Roble. Pero el capataz se negó, dejándonos a todos en la más completa incertidumbre y abandonó la excavación con la intención de volver unos años después para comprar la isla y hacerse con su tesoro. No lo consiguió, ya que al poco tiempo murió como consecuencia de un accidente laboral que no tuvo ninguna relación con la isla.

La primera muerte relacionada directamente con el pozo se produjo en 1861, cuando la explosión de una caldera terminó con la vida de un hombre. En 1897 murieron otros dos trabajadores, pero el accidente más dramático no se produjo hasta 1965, cuando cuatro de los obreros que trabajaban en la excavación murieron al mismo tiempo. Desde entonces, los visitantes de lugar empezaron a hablar de la aparición de todo tipo de seres extraños, incluidos los fantasmas de algunos soldados ingleses del siglo XVIII.

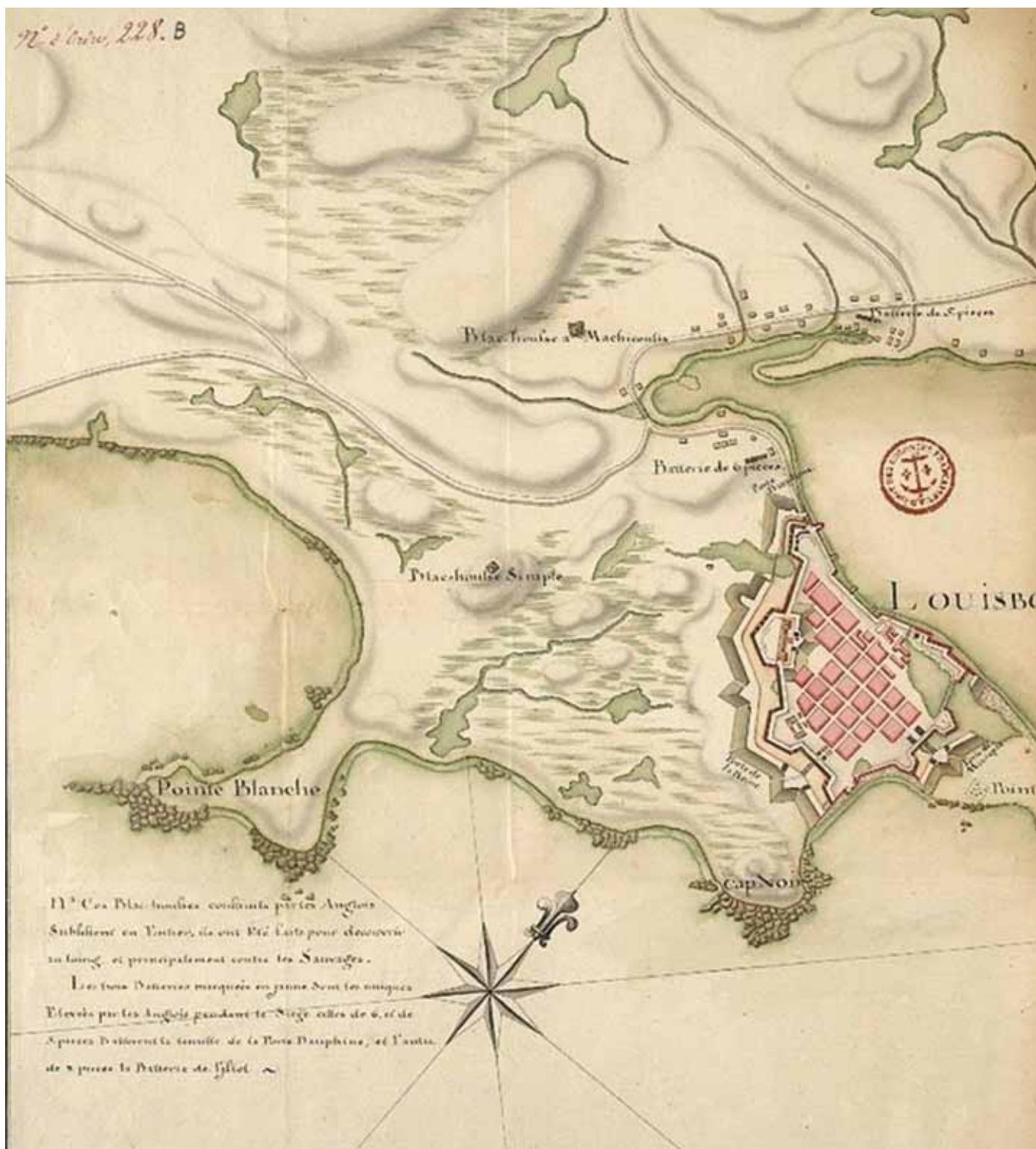
Ante tantas incógnitas, los investigadores que han tratado de desvelar el misterio de la isla del Roble se han preguntado qué es lo que podría esconderse debajo de ese pozo sin fin. Hay hipótesis para todas las gustos; algunas tan absurdas como la que relaciona este enigma con la presencia de caballeros templarios en la región. ¿En qué se basan para llegar a dicha conclusión? Según ellos, la losa de pórfido hallada durante las excavaciones era un objeto que, necesariamente, tuvo que llegar desde fuera del continente; y razones no les faltan para pensar así, ya que, como dijimos, este material es prácticamente inexistente dentro del continente americano. El problema es que tanto la losa como

sus símbolos parecen más un fraude que un documento digno de tenerse en cuenta para ser investigado. Además, no hay ninguna posibilidad de estudiar dicha inscripción, ya que desapareció a finales del siglo XIX, y nadie ha logrado dar con su paradero. Algunos la sitúan dentro de la chimenea que uno de los primeros descubridores, Smith, construyó en su hogar, mientras que otros creen que decoraba el descansillo de la entrada a un taller de Halifax.

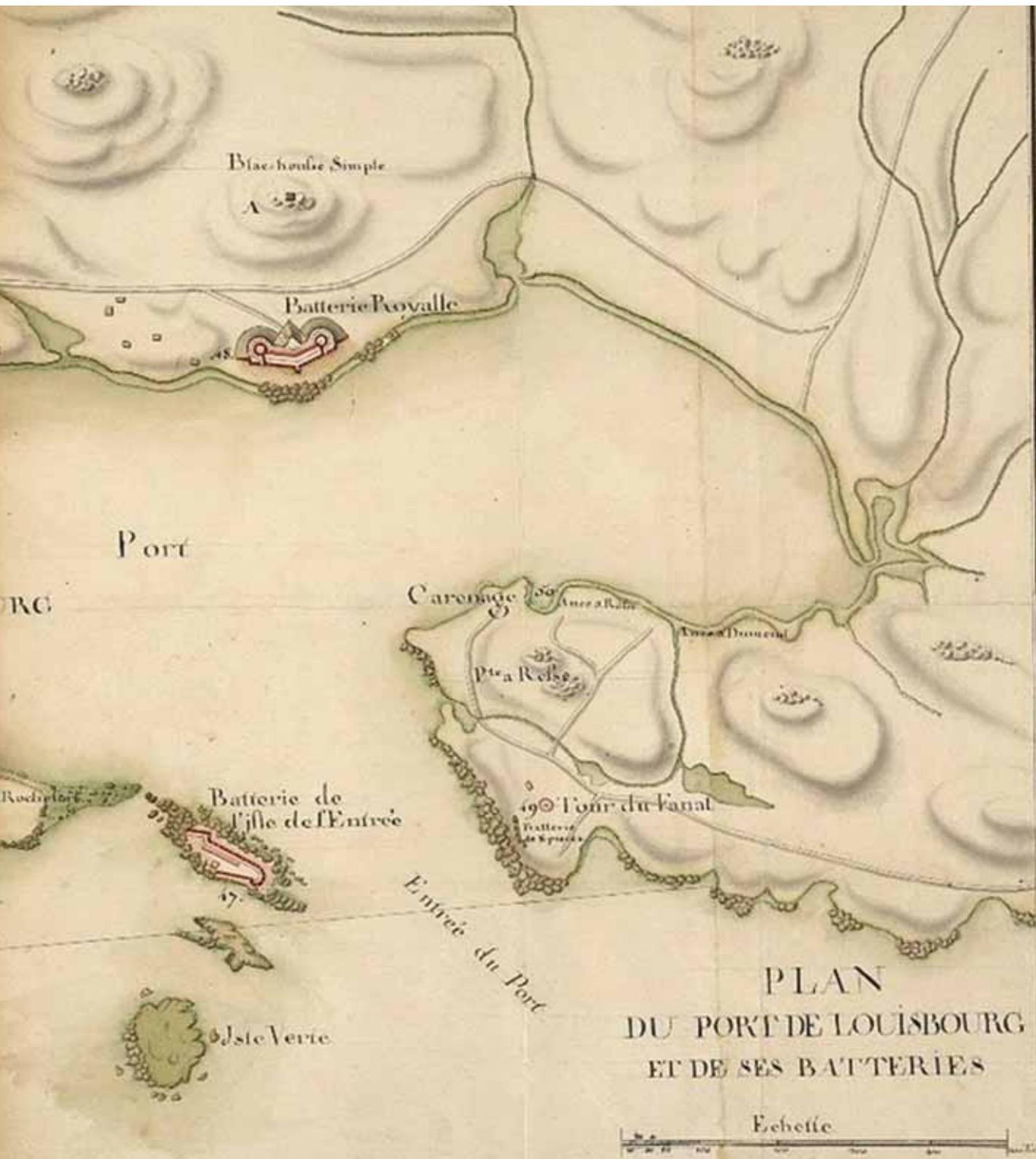
La tesis templaria se vio reforzada gracias al hallazgo, en Cabo Breton, de un arma fabricada en Europa durante los siglos XIV y XV, una especie de culebrina, que llevó a algunos autores, entre ellos Saint Claire, a proponer la presencia de los caballeros de la Orden del Templo en Nueva Escocia, lugar al que habrían llegado, ni más ni menos, para ocultar objetos tales como el Arca de la Alianza o el Santo Grial. La culebrina existe realmente, de eso no tenemos dudas, pero su presencia puede explicarse de una forma más lógica, ya que nada nos impide pensar que esta arma del siglo XIV bien pudo estar a bordo de una nave europea del siglo XVI, por lo que su presencia en tierras americanas se podría constatar sin recurrir a estas atrevidas hipótesis.

Puestos a elucubrar, pronto apareció una nueva teoría que afirmaba que el supuesto tesoro estaría formado por las joyas de María Antonieta. Cuenta la leyenda que, cuando cayó el Palacio de Versalles en manos de los revolucionarios franceses en 1789, la reina le ordenó a una de sus sirvientas que huyese con sus joyas y que las escondiese en algún lugar seguro hasta que ella las pudiese recuperar. Esta mujer, cuya identidad no conocemos, llegó a Londres y allí recibió el apoyo de un grupo de oficiales franceses que, siguiendo las instrucciones de María Antonieta, trasladaron a la sirvienta hasta Nueva Escocia, a un lugar remoto en el que excavaron un pozo que más tarde fue descubierto por tres jóvenes canadienses en 1795.

Otros opinan que, debido a la magnitud y a la perfección técnica con la que fue construido este escondite, su realización tuvo que contar con la ayuda de algún tipo de personal especializado. Según ellos, en algún momento indeterminado de la guerra de Independencia que enfrentó a los colonos americanos con las tropas de ocupación británicas en el último tercio del siglo XVIII, un grupo de ingenieros ingleses recibió la orden de trasladar los principales objetos de lujo, y parte de su tesoro, y ocultarlos en algún lugar de difícil acceso en territorio canadiense. Algo similar propuso John Godwin en su nueva versión, según



Fortaleza de Luisburgo. La perfección técnica con la que fue construido el Pozo del Dinero resultó evidente para los que se atrevieron a excavar en busca del tesoro del Roble. Por eso, se planteó la posibilidad de la participación de personal



especializado en su elaboración. Una teoría defiende la idea de que un grupo de ingenieros franceses llegó hasta este lugar para esconder las riquezas de la fortaleza de Luisburgo antes de que cayesen en manos de los ingleses.

la cual el pozo estaba siendo construido por ingenieros franceses cuando les fue encomendada la tarea de esconder los tesoros de la fortaleza de Luisburgo, antes de que cayese en manos de los ingleses durante la guerra francoindia.

A pesar de la originalidad de estos planteamientos, la mayor parte de los investigadores de la isla del Roble opinan que el origen de este escurridizo botín sería muy distinto. La presencia de restos de coco, que necesariamente tuvieron que llegar del Caribe, nos empuja a pensar que, si alguien visitó este lugar con la intención de esconder un inmenso tesoro, tuvo que ser, necesariamente, alguno de los piratas que operaron por las costas americanas del Atlántico Norte desde alguna de las bases corsarias que existían en el área del Caribe. La falta de documentación y de cualquier tipo de referencia despertó la imaginación de los investigadores que, sin poder aferrarse a nada concreto, empezaron a proponer nombres de piratas empujados únicamente por su intuición, y quizás también por sus simpatías. Desde Drake al temido Henry Morgan, todos pasaron a formar parte de esta lista de posibles candidatos. Entre todos ellos, el capitán Kidd y Barbanegra partirían con mayores probabilidades, porque se sabe que navegaron por esas aguas y porque dijeron, antes de morir, que su verdadero tesoro aún no había sido encontrado.

Las riquezas de estos temidos lobos de mar seguían sepultados en algún enclave desconocido. El mismo capitán Kidd, como recordará el lector, llegó a decir antes de ser condenado a muerte que su increíble fortuna seguía descansando allí «donde nadie más que Satán y yo mismo pueda encontrarlo», algo que, a tenor de lo que hemos podido ver en este epígrafe, encajaría a la perfección con lo que nos encontramos en la isla del Roble.

LOS TESOROS DE LA ISLA DEL COCO

Después de varias semanas navegando, las bodegas del barco se encontraban totalmente vacías. Los tripulantes recorrían las entrañas del barco tratando de encontrar algo con lo que saciar su sed. Mirando hacia el horizonte, no dejaban de pensar en la ironía que les había brindado el destino: estaban rodeados de mar, pero sin una mísera gota de agua que llevarse a la boca.

Ese fue el principal problema al que se enfrentaron todos los corsarios que operaron en las costas pacíficas de la América española. A diferencia de lo que ocurría en la zona del Caribe, aquí eran pocos los lugares que podían utilizarse como base de operaciones en sus largas travesías. Una de estas bases fue la isla del Coco, un enclave excelente para abastecerse, ya que disponía de excelentes recursos hídricos, con unas precipitaciones que se aproximaban a la escalofriante cifra de los siete mil milímetros anuales y una nada desdeñable cantidad de alimentos gracias, en parte, a la introducción de animales europeos, como el cerdo, que proliferaron en estas latitudes. Estas son algunas de las razones por las que estos piratas eligieron aquel sitio como lugar de reunión, más aun teniendo en cuenta que entre la costa de Panamá y las islas Galápagos no había ningún otro sitio en el que hacer escala.

Surgen entonces leyendas que narran las aventuras de distintos piratas, entre ellos el sádico Henry Morgan, que llegaron a estas tierras cargados de oro y joyas. Como era costumbre, el botín se repartía entre todos los miembros de la tripulación, pero el temor a que sus codiciosos compañeros les quitasen su parte hizo que algunos de ellos la enterrasen en algún lugar secreto de la isla. Según se dice, escalaron los acantilados que bordeaban la costa y, posteriormente, se adentraron en la espesura de la selva con la intención de ocultar unas riquezas que esperaban poder disfrutar en el futuro. Muchos confiaron en su memoria, pero otros decidieron elaborar extraños mapas que sólo ellos podían interpretar. Como se figurará el lector, no todos tuvieron la posibilidad de recuperar lo que en su día fue suyo. Algunos terminaron colgados de la horca y otros abatidos por el fuego artillero de un navío español, mientras que sus botines quedaban ocultos y olvidados alimentando la ambición de muchos aventureros, que no tardarían en dirigirse a la isla y empezar la búsqueda.

De los tres grandes tesoros escondidos, según las tradiciones, en la isla, dos de ellos tuvieron que pertenecer a prestigiosos piratas. Uno de ellos fue el de Edward Davis, que formaba parte de un célebre grupo de bucaneros, entre los que también estaban John Coxon, Bartholomew Sharp y William Dampier. Según cuentan las tradiciones, la base de operaciones de Davis estaba en esta isla del Coco, y desde allí dirigió sus ataques contra los barcos y ciudades españolas, haciendo que su fortuna creciese más y más hasta convertirse en legendaria. En 1684 decidió volver a la isla del Coco, y una vez allí enterró su tesoro en algún

lugar desconocido. Mucho más tarde, la isla se convirtió en el escondrijo de otro famoso pirata: el portugués Benito Bonito, que, tal vez por infundir algo más de temor del que provocaba su nombre, se hizo llamar «Espada Sangrienta». En 1819, el pirata luso se hizo con un importante cargamento de oro procedente del puerto de Acapulco y, para evitar que cayese en manos de cualquier desconocido, lo ocultó en la bahía de Wafer, en la isla del Coco, con la esperanza de poder disfrutarlo durante su placentera jubilación. Dos años más tarde, Benito Bonito murió luchando contra un militar británico de las Indias Occidentales, por lo que su tesoro quedó oculto en la isla hasta muchos años más tarde, cuando unos investigadores lograron identificarlo utilizando un moderno detector de metales.

Por fin se descubrió uno de los tres tesoros que, según todos, se encontraban en la isla, pero faltaban dos; y el último de ellos, el de Lima, fue siempre considerado uno de los más espectaculares de la historia. Todo comenzó muchos años atrás, cuando las tropas realistas que defendían una de las pocas posiciones que los españoles conservaban en la América continental lo vieron todo perdido ante el infatigable empuje al que se vieron sometidos por parte de los ejércitos de Simón Bolívar y José de San Martín. En octubre de 1820, ante el temor de que el tesoro del Perú cayese en manos de los independentistas hispanoamericanos, el virrey Joaquín de la Pezuela decidió contratar un barco inglés que estaba atracado en el puerto del Callao, el *Mary Dear*, capitaneado por William Thompson, con la intención de evacuar el tesoro y salvarlo del expolio que le esperaba si continuaba en la capital del virreinato. Con todas las esperanzas puestas en el joven navegante británico, los españoles empezaron a subir a bordo veinticuatro cajas gigantescas cargadas de oro y joyas preciosas, entre las que destacaban unas estatuas de oro macizo procedentes de la catedral de Lima.

El 22 de octubre el *Mary Dear* abandonó el puerto del Callao, pero, cuando apenas habían navegado unas pocas horas, el capitán Thompson le comunicó a su reducida tripulación qué era lo que verdaderamente llevaban en las bodegas del barco. Cegados por la codicia, los marineros no dudaron en acatar la propuesta de Thompson: poner rumbo hacia un antiguo refugio de piratas, la isla del Coco; y una vez allí, en la bahía de Wafer, ocultaron su cargamento en una cueva de veinticinco metros de profundidad. Como no podía faltar en una buena historia sobre piratas, los hombres del *Mary Dear* elaboraron un mapa del

tesoro para no perder la pista del lugar en donde habían escondido su fortuna; y cuando lo tuvieron todo preparado levaron anclas y pusieron rumbo a la ciudad de Panamá, con tan mala suerte que a mitad de camino fueron interceptados por un corsario español, el *Peruvian*, que había salido de puerto tan pronto como se creyó que el capitán británico no iba a cumplir la parte de su trato.

Ansiosos por saber qué había sido del tesoro de Lima, los españoles no dudaron en interrogar de la forma más persuasiva que pudieron a los once tripulantes que encontraron embarcados en el *Mary Dear*. Al negarse a delatar dónde habían escondido su enorme fortuna, ocho de ellos fueron fusilados inmediatamente, y sus cuerpos se arrojaron al mar. Ante esta demostración de fuerza, los tres supervivientes decidieron confesar e indicaron a sus captores que el tesoro había sido escondido en la isla del Coco. Podemos suponer la emoción que sintieron los navegantes del *Peruvian* cuando descubrieron, por fin, qué era lo que había ocurrido con la enorme fortuna que el virrey Pezuela había sacado del Perú para evitar que cayese en manos de los independentistas. Pero, para una empresa como esta, necesitaban pertrecharse, y por eso se dirigieron hacia el puerto de Panamá, donde no tardó en desencadenarse la desgracia. Una repentina epidemia de gripe diezmó la tripulación del barco español; y uno de los tres prisioneros que habían capturado en el *Mary Dear*, y al que pensaban utilizar para encontrar el tesoro de Lima, murió víctima de la enfermedad, dejando a sus dos compañeros como los únicos testigos de su paradero.

Los días fueron pasando y la fiebre no parecía querer abandonar a unos hombres que empezaron a relajar la vigilancia sobre los dos presos que, después de dos semanas atracados en el puerto, lograron al fin huir. Una noche en la que todo parecía estar en calma, vieron la oportunidad de lanzarse al mar por una escotilla que encontraron abierta. Luchando por su propia supervivencia, empezaron a nadar hasta llegar a un ballenero que permanecía anclado cerca del barco español. Cada vez más débiles, hicieron verdaderos esfuerzos por mantenerse a flote mientras, en su desesperación, gritaban con todas sus fuerzas para que alguien acudiese a su encuentro. Tras varios minutos de agonía, fueron rescatados por el capitán James Morris, un ballenero norteamericano de New Bedford, que, para alivio de los cautivos, decidió partir el día siguiente con destino a Kona, en las islas Sandwich. Allí, uno de los dos jóvenes decidió desembarcar, pero el otro, un tal Thompson, prefirió

seguir con Morris hasta su base en Massachusetts e iniciar una vida dedicada al mar en barcos que transitaban las rutas entre los Estados Unidos y las islas del Caribe.

Cada uno tomó un camino distinto y no volvieron a encontrarse en el resto de sus vidas. El rastro del famoso tesoro de Lima se había perdido para siempre. A partir de ese momento, se inició una búsqueda no exenta de sobresaltos.

Pasaron los años y, un lejano día de agosto de 1844, mientras Thompson se hallaba en el puerto de La Habana en Cuba, este marinero, que años atrás había tocado con sus propias manos la considerada mayor fortuna del planeta, se encontró con John Keating, primer oficial de un barco canadiense, que, tras invitarle a una cerveza, le ofreció un puesto como marinero en su navío. Pero el paso del tiempo parecía haber hecho mella en el ánimo de Thompson. Ya no se sentía con fuerzas para recuperar el grandioso tesoro de Lima, por lo que de camino a la península del Labrador, le contó a su nuevo valedor la gran aventura que vivió a bordo del *Mary Dear*. Cuando por fin lograron atracar en el pequeño y tranquilo puerto de Saint John's Newfoundland, Keating intentó organizar una expedición hacia la isla del Coco, pero sus habitantes no se imaginaban que su primer oficial se hubiera creído los delirios de un marinero consumido por la edad y el alcohol, que por aquel entonces decidió renunciar a todos sus sueños y volver a su Inglaterra natal.

Pero Keating no olvidó esta apasionante historia. Dos años después, cuando su barco estaba fondeado en el puerto de Colón, en Panamá, atravesó el istmo para llegar a la costa pacífica. Allí alquiló un pequeño navío con el que dirigirse a la isla del Coco con el pretexto de que iba a visitar la tumba de un antiguo pariente enterrado en este lugar. Keating logró llegar tras unos días de complicada navegación, a bordo de su pequeño barco, sufriendo las inclemencias de un océano que se interponía entre el hombre y su destino. Al llegar a la bahía de Chatham decidió desembarcar él solo y dirigirse en un bote hacia la otra bahía de la isla, la de Wafer, en donde sólo él sabía que existía un enorme tesoro enterrado. Al parecer, el intrépido marinero canadiense desembarcó cerca de un pequeño río que desembocaba en la playa y empezó a andar siguiendo la ruta que años atrás le había indicado Thompson. Una hora más tarde logró alcanzar la cueva del tesoro, eso es al menos lo que él pensó, y con mucho esfuerzo apartó la enorme

piedra que cubría su entrada. Una vez dentro cogió una pequeña muestra de lo que allí se encontraba: un puñado de monedas de oro con las que llenó un bolso de su abrigo. Pero no hubo tiempo para más. Sin decir nada a nadie volvió a su embarcación y, más tarde, a su pueblo natal en Canadá, en donde cambió sus monedas por la nada desdeñable cantidad de mil trescientas libras esterlinas, con las que compró dos barcos de pesca y amasó una importante fortuna.

Pero la tentación de una vida acomodada hizo mella en este hombre de mar, que a partir de ese momento se dio a la buena vida. Adquirió una lujosa y confortable mansión, donde pudo disfrutar del buen vino, de la comida y de las dos jóvenes mujeres con las que contrajo matrimonio. Pasaron los años, y la salud de Keating se fue deteriorando tanto que, a partir del año 1870, vio cómo su cuerpo se quedaba parcialmente paralizado. Esto le impidió cumplir su sueño: volver a la isla del Coco.

Fue la viuda de Keating la que decidió recuperar el proyecto de su difunto marido. En 1897, partió de la Columbia Británica a bordo del *Aurora* con dirección a la isla Coco. Lo más curioso de todo es que llevaba consigo un extraño mapa del tesoro que tiempo atrás había sido elaborado por su esposo, en donde se dibujaba la isla y un punto de tinta roja que señalaba el lugar exacto en donde se debería excavar. Pero los problemas empezaron pronto, porque, nada más llegar a su destino, el gobernador Gissler se negó rotundamente a dejarlos desembarcar en la isla. A pesar de todo, no tardó en cambiar de opinión, más aún cuando se le prometió una parte del botín tras observar, maravillado, el magnífico mapa que le mostraba la viuda y que, sin ningún género de dudas, revelaba el lugar exacto en donde se encontraba el ya legendario tesoro de Lima.

Pese a los esfuerzos, no lograron encontrar nada, por lo que la expedición llegó a su fin, cerrando un capítulo más de esta larga historia que había empezado casi cien años atrás. Desde entonces, hallar este enigmático mapa del tesoro se convirtió en una de las principales obsesiones de todos aquellos que trataron de resolver el misterio; lo que provocó, como el lector supondrá, la aparición de incontables mapas falsos que complicaron aún más la búsqueda.

Algunos años atrás, un inglés llamado William Tucker había tratado de encontrar lo que Keating no pudo; y en 1888 se produce otro hecho importante en la búsqueda de este espectacular tesoro. Por aquel

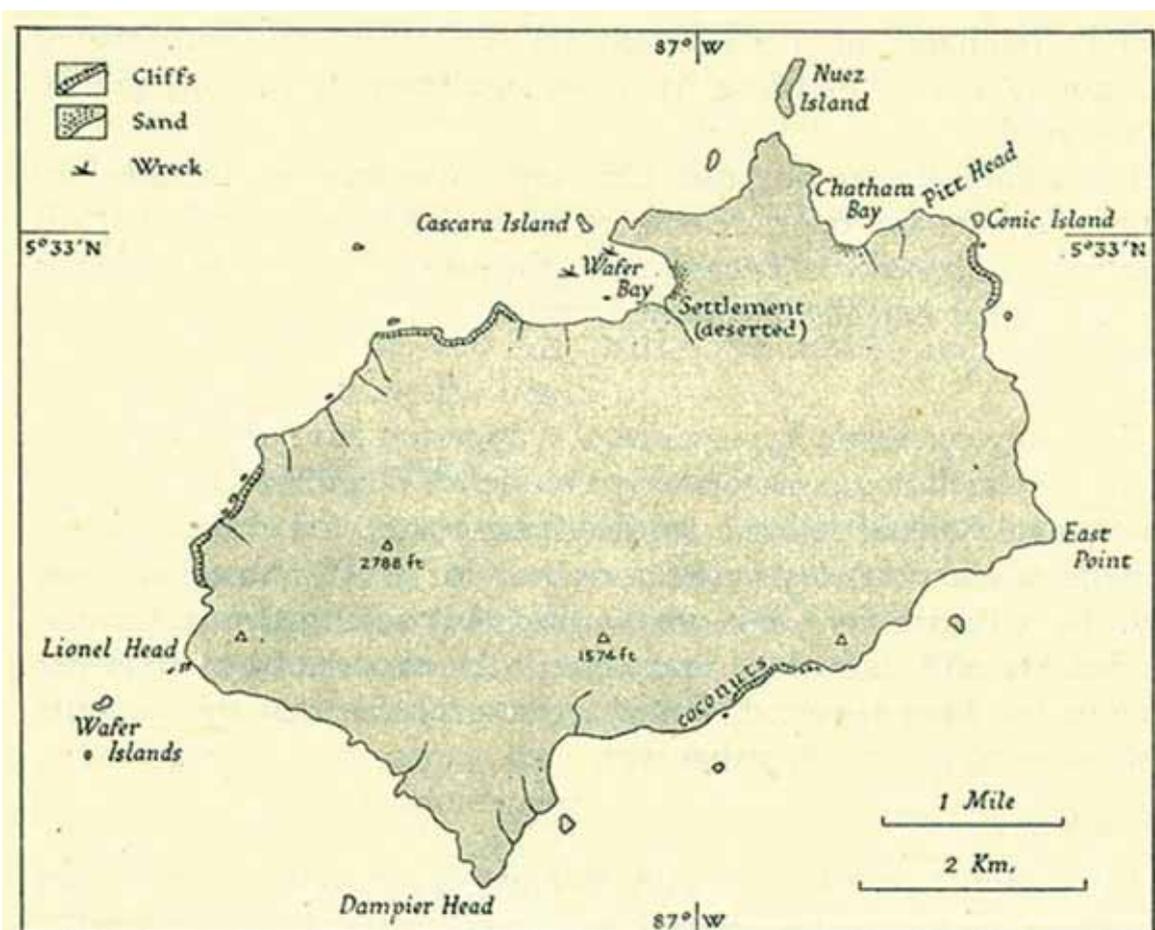


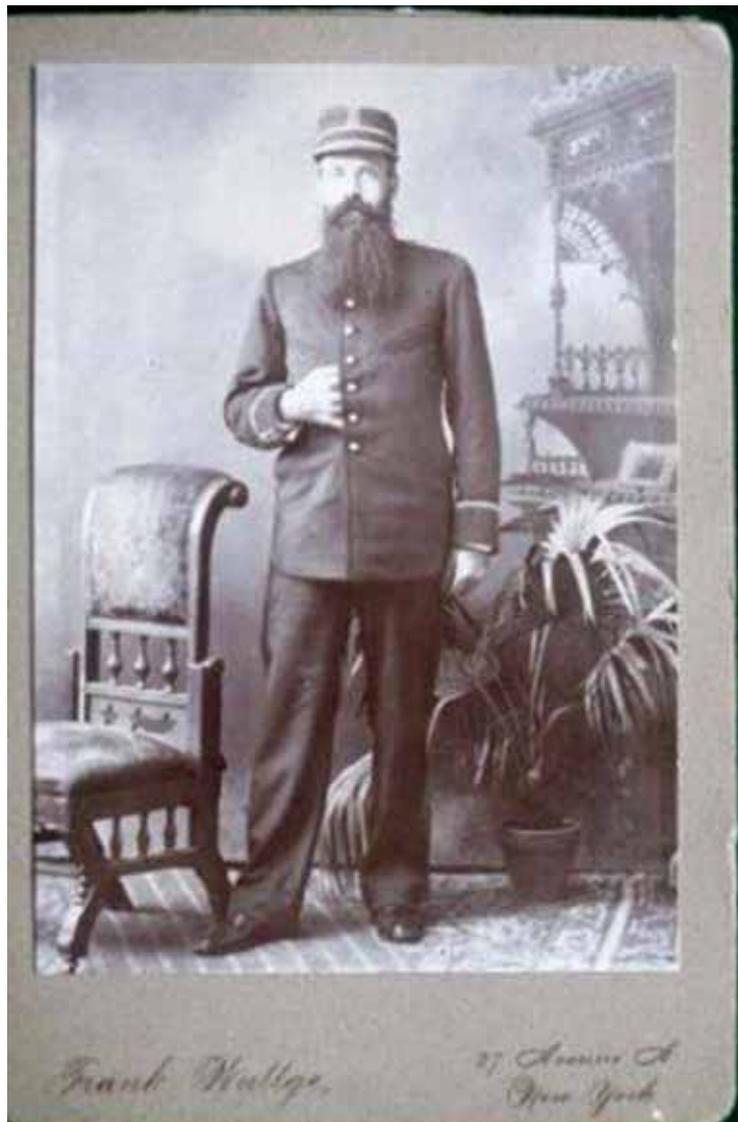
Fig. 5. Cocos

Based on official sources.

Mapa del tesoro del Coco. Algunos mapas de la isla del Coco, como el que en su día realizó el pirata portugués Benito Bonito, resultaron clave para encontrar algunos de los tesoros que la isla escondía. Otros muchos fueron inventados por viejos marineros con la intención de ganar unas monedas aprovechándose de la credulidad de algunos cazatesoros, que soñaban con hacerse con las riquezas de este remoto lugar.

entonces, un joven marinero alemán llamado August Gissler conoció en Kona, Hawái, a un viejo y alcohólico escocés llamado Mackcomber, al que todos conocían como Old Mack, y que era célebre por las increíbles historias que contaba sobre tesoros y piratas, algo que muchos consideraban fruto de su desmesurada inclinación por el ron. Pero eso no tuvo que importar mucho al muchacho, porque pronto cayó enamorado de su joven hija, una bella muchacha nativa que cautivó al alemán.

August Gissler fue uno de los más tenaces buscadores del tesoro de Lima. Su amistad con un enigmático personaje llamado Old Mack le permitió conocer esta antigua leyenda. Desde entonces consumió buena parte de su energía y juventud rastreando una isla que guardaba celosamente sus secretos.



Fue por aquel entonces cuando la salud de Old Mack le jugó una mala pasada, pero antes de morir le confesó a Gissler que él era, ni más ni menos, que uno de los dos cautivos que en su día sobrevivieron al famoso robo del tesoro de Lima. Sin pensarlo, una vez fallecido su suegro, decidió viajar a la isla del Coco, en donde consumió parte de su juventud persiguiendo un sueño que nunca se hizo realidad.

Hundido en su desesperación, no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia, y en 1906 renunció a su puesto de gobernador de la isla y se fue a vivir a Nueva York, en donde murió, en 1935, sumido en la pobreza y olvidado por todos. Poco antes, en 1931, un naufragio llevó a tres jóvenes californianos a habitar la isla durante seis meses.

No les hizo falta más tiempo para descubrir una cueva del tesoro, tal y como insinuaron en un artículo publicado en la revista americana *Magazine* en 1932, y cuyo título era «Seis meses en una isla desierta». Nadie pareció hacerles mucho caso, pero esta historia volvió a resurgir a finales del 1949, cuando uno de los náufragos, un tal Paul Stachwick, propuso al Gobierno costarricense participar en el rescate del tesoro de Lima con la única condición de que las pertenencias de la Iglesia le fueran devueltas a su dueña. Para asombro de todos, aseguró que el acceso a la cueva era relativamente sencillo.

Desde entonces, y hasta la actualidad, se han sucedido muchas expediciones. Algunos hablan de más de trescientas, que han llegado hasta la isla del Coco portando informaciones con poca fiabilidad e incluso mapas falsos. Como el utilizado por James Forber, que llegó a decir que él era descendiente de uno de los tripulantes del *Mary Dear*. Por ese motivo había llegado hasta sus manos ese antiguo mapa que trató de vender a un grupo de ricos inversores americanos; a cambio, eso sí, de una generosa participación si se encontraba el tesoro.

Mayor interés tuvo la publicación de una tesis de un historiador graduado en la Universidad de Costa Rica, llamado Raúl Arias Sánchez, en la que demostraba que el tesoro de Lima no era un simple mito, sino un hecho histórico claramente constatado gracias a las referencias que nos habían llegado de Thompson y Mackcomber sobre la fortuna de Keating y, por qué no, de las excavaciones de Gissler. Desde ese momento, el investigador costarricense trató de convencer a su Gobierno de que efectuasen un rastreo de la isla utilizando tecnología de última generación, procedente de Air Images System, que no es sino una especie de filial de la NASA, empleando unos sensores para generar mapas tridimensionales desde un avión que haría vuelos rasantes sobre la bahía de Wafer. Posiblemente, este sería el medio más adecuado para desentrañar, de una vez por todas, el misterio de esta lejana y enigmática isla.

Capítulo 2

Las grandes tumbas perdidas

LA TUMBA DE ALEJANDRO MAGNO

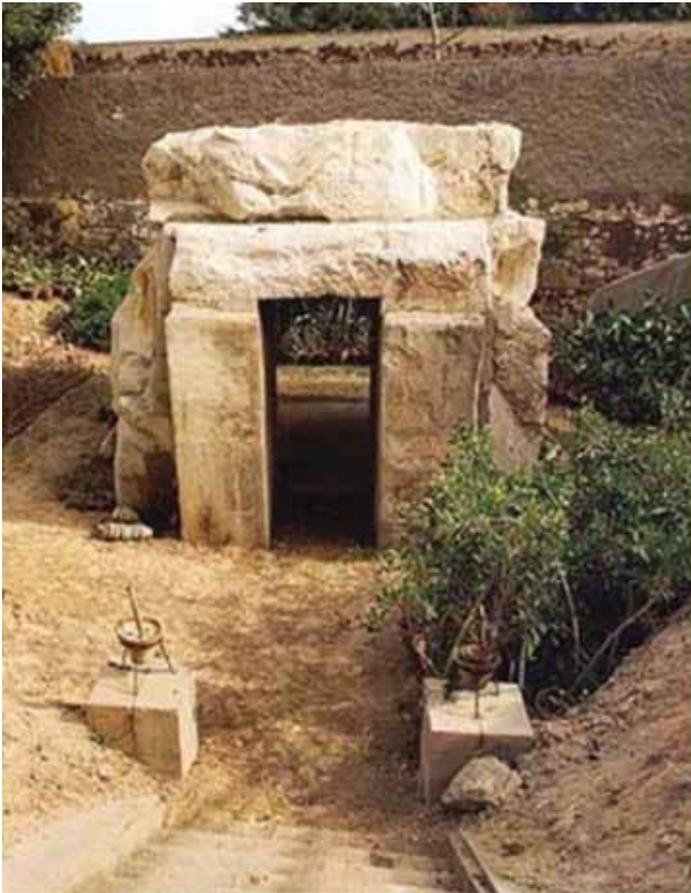
Alejandro fue el más ilustre y venerado conquistador de la Antigüedad. Por encima de todo, destacó por sus campañas asiáticas, que le permitieron establecer un proceso de helenización en un amplísimo territorio comprendido entre Macedonia y la India. Pero con su muerte se esfumó el tan ansiado sueño del imperio universal.

Corría el mes de junio del año 323 a. C. y, en la ciudad de Babilonia, Alejandro se consumía como consecuencia de unas terribles fiebres provocadas, según los últimos estudios, por la malaria. En esos momentos, el joven macedonio se encontraba planificando la invasión y la colonización de Arabia como paso previo al inicio de sus campañas por Occidente. Pero ya era demasiado tarde, la enfermedad se negaba a abandonar su ya debilitado cuerpo.

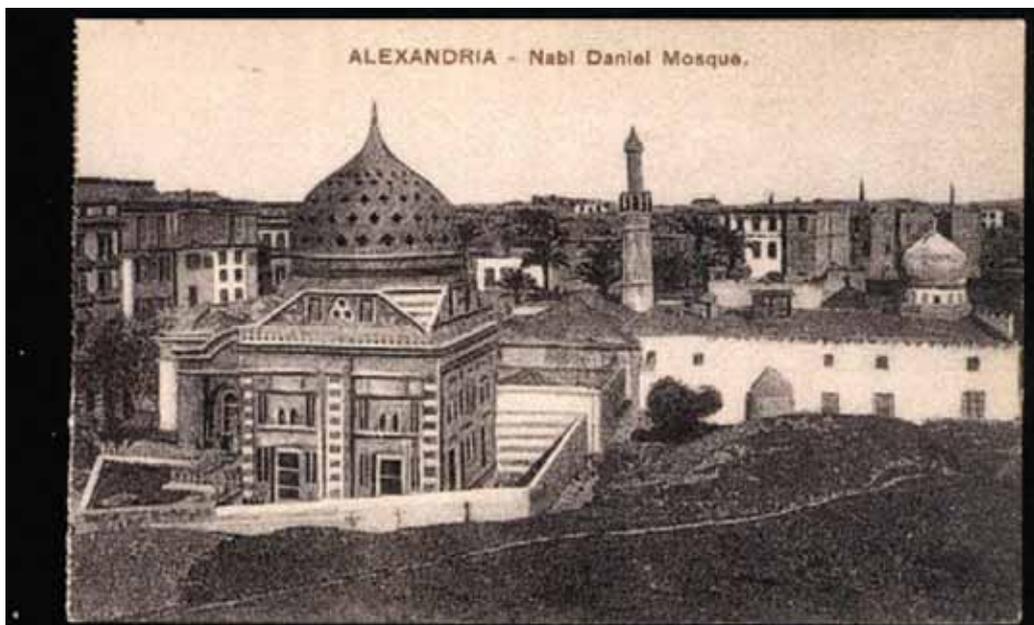
Una hilera de guerreros macedonios desfiló ante el lecho en el que agonizaba Alejandro, conscientes de que pronto se iban a quedar sin su indiscutible jefe; el mismo que les había llevado de victoria en victoria desde que abandonaron Grecia once años atrás. Ahora todo había cambiado; los funestos presagios acontecidos antes de su llegada a



En el siglo v, Teodoreto, uno de los padres de la Iglesia griega, escribió un extraño documento donde se nombraban algunos personajes cuya tumba no había sido localizada. Una de ellas fue la de Jesucristo, pero en este listado también tenían cabida antiguos dioses paganos como Alejandro Magno.



Tumba de estilo macedonio en Alejandría



Mezquita de Nabi Daniel



Mezquita Attarina y mapa de Braun y Hogenberg. Unos textos árabes fechados en los siglos IX y X hacen referencia al lugar donde un día estuvo la tumba de Alejandro Magno: la mezquita Attarina. Una clara conexión la tenemos en el mapa Braun y Hogenberg del año 1575, cuando sitúa el edificio en el centro de la ciudad de Alejandría y con una inscripción muy significativa: «Domus Alexandri Magni».



STEAKLEY. *Ulfilas explicando el evangelio a los visigodos* (1900). El obispo Ulfilas introdujo entre los visigodos un nuevo cristianismo de tendencias arrianas. Esto explica el respeto y la reverencia que los godos tuvieron hacia las creencias, tradiciones y objetos de culto de la religión judeocristiana.

Capítulo 3

El Dorado

EL ORIGEN DEL MITO. EL TESORO DE LA LAGUNA GUATAVITA

En el siglo xv, los turcos interrumpieron definitivamente el comercio europeo con el Lejano Oriente al conquistar, en 1453, la ciudad de Constantinopla. La única posibilidad para acceder al comercio de las especias era la búsqueda de una nueva ruta para realizar ese largo viaje con destino a Asia, y para el cual sólo existían dos alternativas posibles. La primera de ellas fue la que pretendieron establecer los marinos portugueses, bordeando el ignoto continente africano para llegar finalmente a las costas de la India. La segunda de estas posibilidades era atravesar el inmenso océano Atlántico y navegar hacia el oeste con la intención de encontrarse de frente con unos territorios cuya importancia era estratégica para el comercio europeo.

Fue así como empezó a tomar forma definitiva la aventura, la gran epopeya de uno de los personajes más trascendentales de toda la historia. Cristóbal Colón, acompañado por un puñado de hombres, la mayor parte de ellos maleantes, consiguió llegar a unas nuevas tierras cuya complejidad no siempre fue entendida por los conquistadores



Retrato de Walter Raleigh. En el siglo XVI, la monarquía británica no tenía la fuerza suficiente para enfrentarse al Imperio español en una guerra abierta. Por ese motivo, la reina inglesa Isabel I recurrió a una controvertida política que le dio notables resultados en su lucha por intentar disminuir el poder de los españoles en el Nuevo Mundo. Con su beneplácito, una serie de piratas y corsarios empezaron a causar estragos en los barcos y ciudades hispanas, cuya población fue víctima de asesinatos, violaciones y atropellos. Uno de estos piratas tuvo como objetivo la búsqueda de una ciudad dorada llamada Manoa.

Capítulo 4

Los grandes tesoros americanos

EL ORO DE MOCTEZUMA

Las noticias procedentes de América despertaron el interés de muchos españoles, ávidos de gloria y sensaciones fuertes, por embarcarse en una nueva aventura y lanzarse en busca del oro. Pero, entre todos los tesoros que se podrían encontrar en las nuevas tierras descubiertas, había uno cuya posesión ha sido codiciada por todos los hombres desde que el ser humano tuvo consciencia de sí mismo. Me refiero al don de la inmortalidad, y ese es el que trató de encontrar el vallisoletano Juan Ponce de León, cuya obsesión fue encontrar la fuente de la eterna juventud.

Su epopeya sirve como ejemplo de lo que en páginas anteriores anunciábamos. Con el descubrimiento del nuevo continente, los europeos trataron de extrapolar sus mitos y sus antiguas creencias y quimeras hacia un mundo que se consideraba mágico. Pero Ponce de León era mucho más que un inquieto soñador. Sus indiscutibles virtudes militares le hicieron merecedor de un digno reconocimiento entre los españoles asentados en la isla de La Española. Esto le permitió ocupar un puesto de responsabilidad en la conquista y

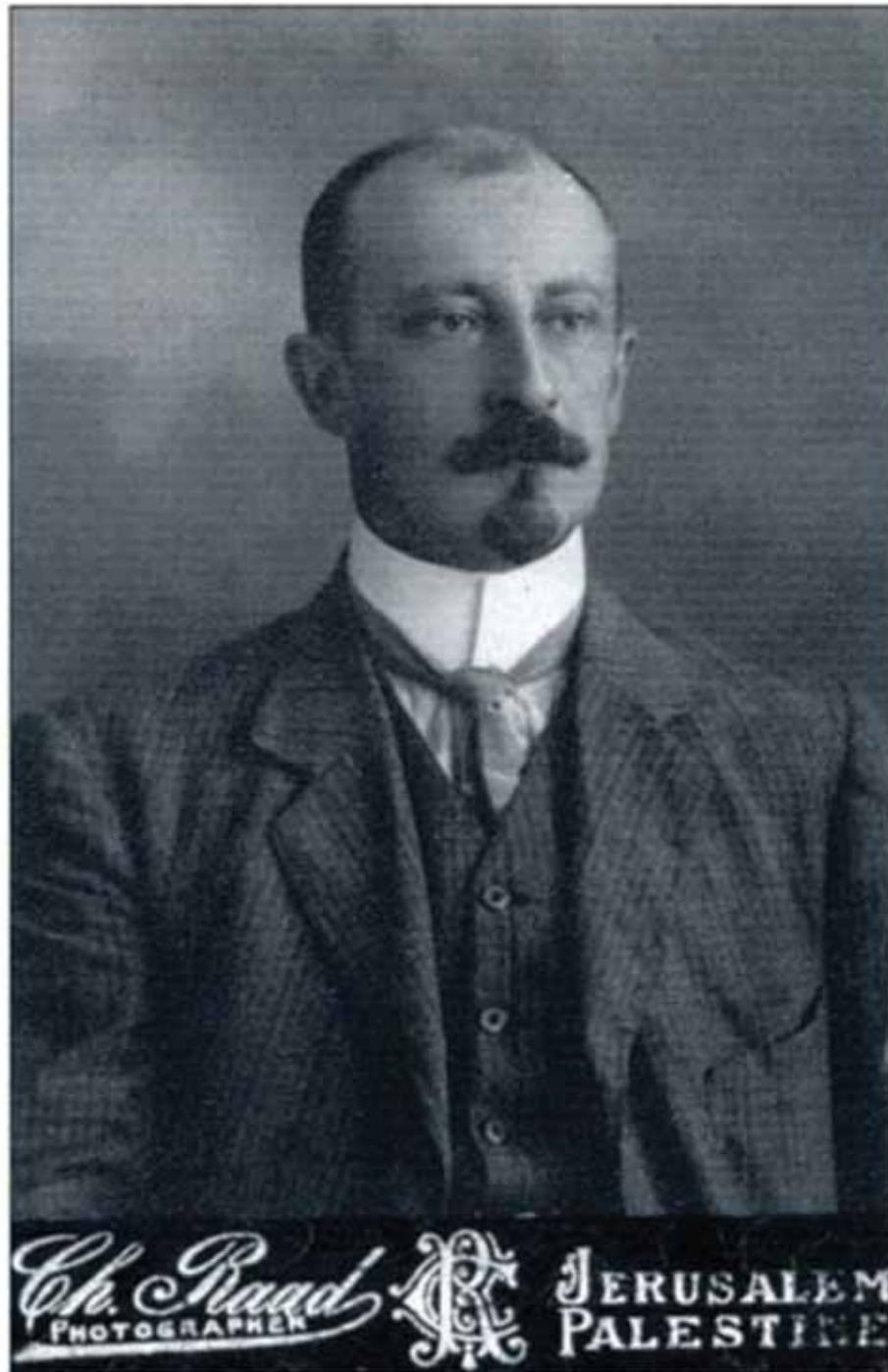
Capítulo 5

Objetos de poder

¿QUÉ SON LOS OBJETOS DE PODER? RADIOGRAFÍA DE UN MISTERIO MILENARIO

Algunos de los tesoros ocultos más atractivos están formados por aquellos a los que muchos han denominado *objetos de poder*. Pero para entender su búsqueda es necesario saber de antemano qué fueron realmente estos artefactos o utensilios litúrgicos que, durante mucho tiempo, despertaron la curiosidad de todo tipo de investigadores.

No existe una definición oficial para explicar la naturaleza de estos objetos de poder, aunque en general se ha tendido a denominar como tal a aquellos utensilios revestidos de una cierta sacralidad por haber pertenecido o estado en contacto con un personaje fuera de lo común. Es lógico pensar que algunos de los más atractivos para nuestra cultura judeocristiana fueron los que estuvieron relacionados con importantes personajes bíblicos. Dentro de la tradición veterotestamentaria, Moisés ocuparía una situación privilegiada, al ser considerado uno de los pilares básicos de la religión judaica, aunque sin olvidarnos de otros como los primeros patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob; o los grandes reyes de la monarquía unificada: David o Salomón. Por su importancia,



Valter Juvelius. La búsqueda del Arca involucró a todo un sinfín de iluminados, entre los que destacó Valter Juvelius, un esoterista finlandés que patrocinó una nueva expedición con la intención de descubrir este objeto de poder bajo la mezquita de Al-Aqsa. Una nueva aventura que estuvo a punto de costarle la vida.



La columna del Aprendiz. La elaboración de este magnífico pilar situado en la Capilla Rosslyn está claramente relacionado con antiguas leyendas veterotestamentarias. A pesar de las múltiples interpretaciones que se han ofrecido sobre su significado, todos coinciden en señalarlo como un claro reflejo del extraño simbolismo que envuelve este edificio.



El demonio Asmodeo en Rennes-le-Château. Entre las pistas que nos dejó el abad Saunière en el interior de la iglesia parroquial, tenemos este curioso demonio Asmodeo, al que la tradición le atribuye la función de guardar tesoros ocultos.

Capítulo 7

Los tesoros de la Segunda Guerra Mundial

EL ORO DE LOS NAZIS

Esa mañana había amanecido más tranquila de lo que había sido habitual en los últimos días de abril de 1945. Berlín se encontraba totalmente rodeada por un enorme ejército soviético, compuesto por cientos de miles de soldados ansiosos por saciar su sed de venganza sobre una población que ya se había plegado ante su destino. A pesar de todo, los alemanes seguían resistiendo. No tenían otra salida. Durante semanas habían estado escuchando terroríficas historias sobre las atrocidades perpetradas por los hombres del Ejército Rojo en todos aquellos pueblos y ciudades por los que habían pasado hasta llegar a la capital. Los berlineses decidieron combatir hasta el final, aunque este se antojaba muy cercano.

Los jerarcas nazis y los altos mandos de las terribles SS, encerrados junto a su *führer* en el búnker de la Cancillería, recorrían las calles de la capital animando a sus compatriotas a seguir luchando mientras los inflamaban con la esperanza de una nueva arma secreta que podría hacer cambiar el rumbo de la guerra. Tenían que ganar tiempo, fuese como fuese, y por eso Hitler ordenó la movilización general de todos



En algún lugar de la bella montaña austriaca Hochfeiler, de más de tres mil metros de altura, puede seguir escondido el famoso tesoro secreto de las SS.

macizo de Zillertal, donde dejaron su misterioso cargamento y se dispersaron para no volver a aparecer jamás. Según cuenta la leyenda, un pequeño destacamento de las SS se hizo cargo de su tesoro sagrado, para posteriormente llevar a cabo otra de esas extrañas ceremonias que protagonizaron los miembros de la Ahnenerbe durante los años que duró esta locura.

Tras este acto mágico-religioso, los responsables del desconocido tesoro transportaron un enorme cofre de plomo por un sinuoso sendero que los condujo hasta el glaciar de Schleigeiss, situado al pie del Hochfeiler, una montaña de tres mil metros de altura, donde fueron enterrados los objetos de poder. Pero aquí no termina esta truculenta historia, ya que los rumores comenzaron a extenderse haciendo que numerosos cazadores de tesoros llegasen hasta el lugar con la intención de solucionar el enigma. Y como no pudo ser de otra manera, es en este momento cuando este tesoro adquiere un carácter maldito, ya que muchos de los aventureros murieron terriblemente mutilados, como el oficial austriaco Franz Gottlieb o los alpinistas Helmuth Mayr y Ludwig Pichler, al precipitarse por las escarpadas pendientes de la escabrosa montaña. Una suerte parecida sufrió Emmanuel Werba, que en 1952

Bibliografía

- ABELLA, Rafael. *Los halcones del mar. La gran aventura de la piratería*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1998.
- ACHEBERT, Jean Michel. *Los místicos del sol*. Barcelona: Editorial Plaza y Janés, 1972.
- ARROYO DURÁN, Fernando. *Codex Templi, los misterios templarios a la luz de la historia y de la tradición*. Madrid: Aguilar, 2005.
- CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Madrid, 1847.
- CEBRIÁN, Juan Antonio. *La aventura de los godos*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, 1632.
- ECO, Umberto. *Historia de las tierras y los lugares legendarios*. Barcelona: Lumen, 2013.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer la elaboración de este libro a Isabel López-Ayllón Martínez, por toda su paciencia y por los consejos que me regaló cuando me embarqué en esta emocionante aventura.

A Raquel Jiménez y Raúl Calvo por introducirme en un mundo apasionante y totalmente desconocido para mí, y del que tanto me queda por aprender.

También quiero resaltar la ayuda de todos aquellos que me han brindado su apoyo para introducirme en este inquietante mundo de la investigación de los principales enigmas del pasado. Entre ellos quiero destacar a Mariano Fernández Urresti, Tomé Martínez Rodríguez, Lorenzo Fernández Bueno, Jesús Callejo y José Ignacio Carmona Sánchez. A Anselm Pi Rambla, por la información que me proporcionó a la hora de comprender la posible ubicación del Tesoro Sagrado de los Incas y a Laura Izquierdo, de *La Mochila de Laura*, por su maravillosa página y por los datos que me ofreció para acercarme al misterio del pueblo francés de Rennes-le-Château.

A José Luis Ferris por su apoyo desde el Instituto Juan Gil Albert y a Miguel Valor Peidro, alcalde y concejal de Cultura del Ayuntamiento de Alicante.

También quiero agradecer este libro a mis compañeros, especialmente a Blanca y Paula, por ofrecerme su ayuda en esta nueva etapa tan llena de sorpresas, y a mis alumnos y alumnas que me animaron, desde el principio, a que pusiese por escrito algunos de los relatos que compartimos en clase.

A mis amigos Miguel Ángel Toledo, David Cuadrón y Diego Peña, y a mi familia, por la ilusión con que acogieron mi trabajo.

Y nuevamente a mi mujer, Ade, por ser la luz que ilumina mi vida, y especialmente por ser la madre de mis maravillosas hijas, Sofía y Elena, el mayor regalo que la vida nos pudo dar.